

Seix Barral Biblioteca Breve



**Adolfo Couve**

Narrativa Completa



---

# EL PICADERO

*A mi hija Camila*

---

## PRIMERA PARTE

### 1. BLANCA DIANA

Aún recuerdo cómo mi padre trazó el picadero. Clavaron con gran ceremonia una poderosa estaca y haciendo girar una yunta de bueyes, describieron en el suelo una circunferencia perfecta. Más tarde la rellenaron con arena y levantaron junto a su orilla numerosas cabañerizas y glorietas para guardar los animales y aperos. Allí recibí mis primeras clases de equitación en un caballito dócil llamado *Júpiter*. El maestro lo ataba por medio de una larga cuerda a la estaca y luego me obligaba acompasadamente a girar en torno de ella. Bien erguido, las riendas en la mano izquierda, la fusta en la derecha, las rodillas apretadas contra los flancos, sólo la punta de las botas metidas en los estribos. La cinta coqueta iba sobre el ridículo sombrero, y todo era girar: animal, maestro, estaca, casas, glorieta, pista y cocheras.

Cuando aprendí a saltar las primeras vallas, ocurrió lo de la señora enlutada. Mi padre no era hombre que se limitara a sonreír al ver mis avances y constatar mis gracias. Le gustaba darlo a conocer a los vecinos, hacer circular las noticias. Era un ser extravertido, ajeno a ese pudor que recoge enteros a los dueños de una diferencia grata. Muchas veces, mientras mi vista cansada recorría los monótonos cascotes de arena endurecida, de pronto rompía la paz de la mañana una turba de amigos y señoras que, emergiendo de la cristalería de las glorietas, rodeaban la empalizada haciéndome ruborizar entero. Si se hacen gracias en público siempre fallan. Sobre todo que mi profesor de equitación subía el tono de su voz y me exigía las proezas sin orden ni lógica para complacer a sus amos. *Júpiter* y yo nos poníamos nerviosos, el trote lo emprendíamos torpe, el galope de parada sin armonía y al saltar la primera valla me aferraba con ambas manos a la silla, dejando volar por los aires fusta y sombrero. También a estos percances ponía risas mi padre. Celebraba todo cuanto yo hiciera en el picadero. Eran tiempos frívolos que no exigían gran cosa de las disciplinas. Trocaban

---

en juegos la música, incluso la guerra. El maestro, dirigiéndome una mirada de hielo, hacía como que no le importaba y, dándome la espalda, se ponía a recomendar sillas y arneses, domadores y animales a los curiosos visitantes.

Narro esta situación a manera de preámbulo de otra más terrible historia: la de la dama enlutada.

Comenzaba el invierno en la casa paterna. Para mí no tenía realidad que las estaciones se dispersaran a lo largo de la Tierra. Con la llegada de esas fechas, mi padre se iba a la ciudad a sus quehaceres oficiales, obligándome a continuar mis lecciones de equitación hasta las primeras lluvias. El maestro, al saberse solo, se refugiaba en una de las caballerizas a beber y jugar a las cartas con el jardinero. A mí me ataban a una argolla, que a su vez daba movilidad a la cuerda junto a la estaca. En la primera vuelta, el animal y yo nos adormilábamos a la vista de la arena negra, e íbamos haciendo maquinalmente los cambios y figuras que tantas veces nos indicó el maestro.

Llevaba algún tiempo en estos ejercicios, cuando divisé sentada junto a la baranda a una dama enteramente de negro, inmóvil, de la cual sólo resaltaba contra el follaje su cara. Al principio opté por continuar adelante, incluso intenté acelerar el trote de mi *Júpiter*, pero esto no significaba escapar de la insólita visitante, sino, por el contrario, toparme antes con ella. Al cabo de unos minutos la vi incorporarse y cruzar el picadero. El caballo se detuvo en el acto. Ella dejó caer sobre sus ojos el velo del sombrero y me habló tristemente:

—Quería conocerte.

Como yo no respondiera y sólo atinara a descubrirme, añadió:

—Tu padre me ha hablado mucho de tus proezas. Yo también monto y me gustaría que me dieras unas lecciones.

Cuando una relación va a ser duradera, el encuentro toma los visos de una fatalidad y uno no se resiste porque sabe que a esa persona la ha conocido en el futuro. Desanudó con delicadeza la cuerda que ataba mi montura a la argolla y golpeando el cuello del caballo, me indicó que la siguiera. Junto a la caballeriza aguardaba un hombre elegantemente vestido. Comprendí que se trataba de su esposo. Éste no mostraba la nostalgia de su cónyuge; muy por el contrario, era desaprensivo y espontáneo. Daba la impresión de que lo que deseaba era desentenderse de alguna manera de su esposa. Ponía avidez en sus palabras, urgencia a sus recomendaciones. Ofrecía una mercancía que tenía la mejor apariencia, en circunstancias de que sólo él conocía su

---

oculto secreto. Ella contaba con esa falta de sensibilidad, y observaba muy atenta mis reacciones. Las torpezas del marido le daban a mi rostro y mis maneras la prueba de mi consistencia. La verdad es que yo a él no lo escuchaba, era a ella a quien no podía dejar de mirar ni un solo instante. La mujer lo sabía, y recogiendo el velo sobre la frente, me sonrió... La voz del marido interrumpió nuestro diálogo:

— Ella te servirá de mucha ayuda. Ambos pueden emprender grandes excursiones y aprender el uno del otro.

La dama quiso retirarse y sin más ceremonia, me alargó una enguantada mano que besé. El esposo gritaba torciendo la cabeza, en tanto la seguía hasta el automóvil:

— Mañana enviaré por ti, no es lejos..., tus padres ya han dado su consentimiento.

Incluso insinuó que algo me daría en pago, pero tratándose de gente de nuestra condición, esto sólo se insinuaba.

Cuando vi aparecer del otro lado del redondel a mi maestro, corrí a su encuentro, gritando:

— ¡Ha venido una señora!

— Ya lo sé — interrumpió, poniéndome la mano sobre el hombro —, serás muy cortés con ella y le demostrarás lo que eres capaz de hacer.

El maestro entonces no había estado dedicado a las cartas, sino que en compañía de numerosos sirvientes, espionando tras los vidrios de la glorieta. Quise cruzarle el rostro con mi fusta, pero él, advirtiéndome estos arrebatos y sintiéndose culpable, dio un nombre para sellar la entrevista:

— Es Blanca Diana de Sousa.

¡La madre del infortunado Angelino Sousa! La historia de aquella mujer era tan atroz, que sólo atiné a balbucear:

— ¡La madre de Angelino!

Y el maestro, acariciándome con gran respeto, agregó:

— Se te parecía mucho. Eras casi él.

A las dos en punto de la tarde del día subsiguiente, un flamante automóvil cruzó bajo el portal, que entre sus rejas enhebraba nuestras armas, para deslizarse por sobre el patio de adoquines. Un chofer y dos asistentes completaban el vehículo. Uno me abrió la puerta, invitándome a subir, y el otro colgó de su brazo la impecable silla de montar

---

que le entregó mi profesor. Al momento de trepar advertí gran número de cocineras y sirvientes apostados tras las ventanas de la galería. Algunos reían con mucha malicia y otros parodiaban mis gestos, hasta que el más intrépido, un viejo mayordomo mantenido por lástima, abrió la ventana del segundo piso para gritar:

— ¡Suba, su alteza!

Entre risas y pifias me hundí en el asiento, corriendo el visillo para no ver a esa comparsa de lacayos que, aprovechando la ausencia de mi familia, daban rienda suelta a sus modales. No podía indignarme, porque yo adivinaba con qué falta de resentimiento y maldad se burlaban.

Cuando me apeé en Villacler y el empleado me condujo a través de esa interminable columnata de piedra devastada por el viento, hasta los prados que en extensos desniveles invitaban a profundizar en el horizonte, comprendí que de allí no se regresa nunca más. Ella, a quien yo esperaba encontrar al final de los prados, hacía tiempo que me seguía entre los rayos de sol y la columnata. Cuando escuché sus pasos retumbar en esa especie de templo, me detuve; entonces pronunció mi nombre por primera vez.

Por amplia y fastuosa que haya sido la residencia de Blanca Diana, nunca imaginé que demoraría diez años en terminar de conocerla. Tarda lo mismo un prisionero ante cuatro paredes. Tiene significación dar a conocer que el lugar fue cambiando a través de mis edades, y cuando al final me pregunté por qué aquella casona siempre me entregó algo nuevo, comprendí que la razón residía en el amor de ella hacia mí o tal vez en el mío hacia ella. Amor que nunca se enfrentó con su propia realidad, situación que lo hizo perdurable. Quedó allí suelto ese sentimiento, cautivándonos a ambos.

En el primer tiempo, todo se redujo a los caballos y al arte de la equitación. Mi dueña ostentaba la más selecta colección de «fina sangre». Un criadero bien reglado en donde se atendía a los potrillos con más esmero que a las personas. Lo que, además, siempre ocurre con perros, gatos, pájaros y flores.

Cuando yo arribaba hasta el parque, ella me hacía conducir de inmediato a las caballerizas, dando a entender que la casa pertenecía a

---

otra realidad, dolorosamente compartida con el esposo, quien por lo demás aborrecía montar a caballo.

— El nada comprende de todo esto — explicaba, asegurando que lo de cabalgar era asunto exclusivo de nosotros dos. Además, se preocupó de mantener una docena de empleados destinados únicamente a las caballerizas y al corral. La cancha, como ella llamaba a todas estas construcciones, estaba situada lejos de la casa, tras un oscuro bosque de castaños alfombrado. Su marido, en muy contadas ocasiones se acercaba a este lugar y en cuanto asomaba, ella, manifestándole su desagrado, trataba de humillarlo por todos los medios imaginables. Esta situación incómoda me obligaba a entablar con el señor un diálogo forzado y hecho a su medida como los juegos señalados de los niños. Durante años lo estimé un imbécil; sólo ahora sospecho que tal vez era él quien me hacía jugar a mí. En cuanto se iba, ella para descargar su mal humor las emprendía con algún subalterno. Sin embargo, su mal comportamiento era tan trágico y la exponía de manera tan obvia, que me la mostraba encantadora. Nunca hablaba de su vida pasada y, por el trato que sus empleados le daban, sospechaba uno que se trataba de una enferma.

Era muy hermosa, con aquella pregunta que nos hacemos ante las cabezas griegas. Sin un solo detalle y provista de todos. Líneas simples y profundas que, envolviéndola entera, entregaban los más armónicos rasgos. El pelo negro muy limpio atado atrás en un moño, que a su vez, volvía completando el óvalo a partir de la despejada frente. Los ojos grandes con la picardía conmovedora que le entregan dos párpados quedos. La nariz recta y fina sin hendidura, la boca justa, el mentón, sitio de las emociones, a veces tembloroso y débil, en otras firme y olvidado al cincel de un arcaico artesano. Las manos un tanto desproporcionadas, eran su falla. Pero siempre enguantadas y desprovistas de joyas, se me hicieron familiares y, como todo defecto, queribles.

Mi sorpresa fue grande en un comienzo y en cierto modo sentí vergüenza y hasta envidia, al comprobar que era una amazona más diestra y experimentada que yo. Montada de costado, pasaba ante mis ojos como un relámpago y subía con tal intrepidez donde se lo propusiera que al momento comprendí que yo era el alumno y ella la maestra. Sin embargo, admiraba Blanca Diana en mí ciertas proezas que ella jamás había intentado siquiera. Al principio hice conducir un caballo de mi padre hasta su estancia, pero luego, viendo que ella me ofrecía de los suyos, opté por aceptarlos. En esto de los ofrecimientos hubo

---

todo un juego interminable de orgullos de por medio. Le encantaba satisfacer en mí algún capricho, pero entendía que al obsequiarme, eso nos distanciaba y la ponía a ella por sobre mis años. En mi caso, aceptar y recibir era faltar a mi integridad, venderme a su corazón, sentirme atado a su deseo. Nunca se supo si daba o quitaba al dar y si yo pedía bienes o amarras al recibir. Me lo otorgó todo sin yo sentirlo y yo la despojé de lo suyo sin que ella lo advirtiera hasta el día en que ya no me interesó. Sus rarezas las fui conociendo a lo largo de los años y hubo algunas que me conmovieron como aquella que me narró el mayordomo Saldías: la compra de todas las localidades de una platea para ver la obra a solas.

Un día, al atardecer, mientras volvíamos a las casas, ella sorprendentemente detuvo su cabalgadura y cubriéndose el rostro, lloró:

— ¡Tú no sabes nada de mi vida!

Consolarla era desproporcionado y dejar pasar el incidente, imposible.

— Cuénteme — dije.

Su caballo avanzó lentamente y ambos dejamos la sombra del bosque para introducirnos bajo el fuerte sol de primavera. El trigo, cual el mar, propagaba sus ondas en todas direcciones. Me acerqué cuanto pude y ella, no esperando nada, ni siquiera de su propia confesión, dejó caer a la brisa estas frases trucas:

— Yo estuve muy mal, mucho tiempo... Tú no sabes, encerrada largas temporadas sin ver a nadie.

Antes de poder seguir interrogándola, ya su caballo se alejaba veloz por entre los pastos móviles, elevando por los aires el velo negro del sombrero que al flotar, iba señalándome el camino hasta su tragedia. Cuando la alcanzaba, no había lágrimas ni penas en su cara, sino alegría y planes para finalizar la tarde antes de mi regreso a casa.

Ni mis padres, ni mis amigos, incluso mis hermanos, comprendieron esta extraña situación. Al principio, «las clases» fueron una vez al mes. Luego dos por semana, llegando en un tiempo a ocurrir todos los días. El esposo nunca se encontraba en Villacler. Sucedió que en más de una ocasión nos cruzamos en el camino. Siempre se quitaba cortésmente el sombrero, y yo creía ver en sus chispeantes ojos una escondida burla o una compasión remota. El hechizo que la enlutada Blanca ejercía sobre mi persona nunca se dilució y ella supo conducir

---

los hechos con la pericia de los capitanes en los mares del sur. Cada día una nueva sorpresa me aguardaba; a veces una fusta de algún antepasado ilustre reinscrita ahora con mis iniciales, o un selecto libro de poemas, ¡o un caballo entero! Yo por pudor ocultaba estos presentes y mentía cuando en casa me preguntaban su origen.

Tal vez la vida no sea otra cosa que una prueba. Pero cuando estamos seguros de que todo depende de un comportamiento, nos sorprendemos urdiendo alguna aventura para recuperar la sensación de vida que habíamos perdido. «Hay premios», sugería mi confesor, y para ser honesto debo asegurar que cada vez que renunciaba a un desliz, inmediatamente recibía una buena nueva que me importaba más por la constatación de lo sobrenatural que creía ver en ella, que por la cosa misma.

Siempre mi relación con Blanca se debatió entre el placer y la culpa. Debí reconocer que al cabo de algunos años un impulso muy fuerte me precipitaba sobre el camino y no considerando las horas ni las circunstancias, la buscaba. ¿Qué me daba si ni la mano me permitía tomarle? ¿Eran acaso esas estancias desocupadas que uno podía recorrer sin ser visto siquiera? ¿Por qué algunos seres fantasmas nos llaman hasta parajes encantados y cambiantes laberintos que es imposible abandonar? Jugaba un papel trascendental el escenario, y si yo hubiera sido objetivo, habría constatado que no existía gran diferencia entre sus muebles y cuadros y los que teníamos en casa. Incluso prefería yo los objetos que adornaban mi pieza. Pero aquellas escaleras silenciosas conducían a tanto lugar vacío que esto excitaba mi imaginación. Y ella tras mis pasos, magnífica en la sencillez de su elegancia, apoyada contra los muros, la cabeza esbelta y sublime, manteniendo ese diálogo secreto que no conoce procedencia y nos arrebató los sentidos. Nunca imponía su voluntad. Hacía cuanto yo indicaba, que eran hechos leves, aparentemente inocentes. El asunto de los paseos a caballo había sido superado y ella resolvió no volver a montar. A veces le interpretaba al piano improvisaciones que resultaban impecables debido a la atención que me prestaba. Fingía no ser rica, y en el gran comedor compartíamos una pobre taza de té sin pan ni galletas, ni golosinas que colmaban su despensa. Era cuestión, entonces, de sólo insinuar algún deseo y todo lo imaginable era traído por manos solícitas. Había y no había, era y no era. Se estaba en ese paréntesis que nada ni nadie intenta definir.

Nunca me permitió verla en su dormitorio. Mantenía cerrada esa pieza para dejar un lugar siquiera a la conquista. Sin embargo, aquello

---

tampoco era efectivo. Yo, adivinando el juego, debía intentar abrirla cuando ella no lo sospechara. Aquella tarde todo me indicaba que ese era el día señalado. La busqué desde la cancha hasta los salones, pasando por las terrazas y la columnata inútil. Al no encontrarla, e interrogar el rostro de un sirviente, que a mi mirada bajó los ojos, subí a grandes trancos hasta su pieza y echándome con todo el cuerpo contra la puerta, la abrí estrepitosamente. Ella estaba al centro, con un camión muy amplio, el pelo por primera vez suelto le caía hasta la cintura, y en sus ojos y su boca la misma maldad aprobaba mi violencia. Corrí, me arrodillé a sus pies y temblando le besé las manos para luego girar de gozo y violar su impecable lecho, lanzándome en él de espaldas con mis botas y casaca sucias. ¡Era magnífica! ¿Qué había en ella? Habló quedo de sus aflicciones. No tenía más alternativa que los recuerdos... Fue en el camino que une el fundo Recreo con El Candil. Iban los jinetes de excursión. Blanca Diana y su hijo Angelino, los anfitriones del grupo, guiaban a la concurrencia. Sobre la cabalgata, los grandes tilos oscurecían sus casacas vistosas y opacaban la elegancia de las damas. Tras los caballos, una densa nube de tierra cerraba esa despreocupada alegría a los inquilinos y peones. Ella a galope tendido lo reconoció desde lejos... Al menos el accidente mismo no lo conocieron sus ojos. Angelino se había adelantado hacía mucho y su caballo se mostraba inquieto desde el día anterior. Esa manía de hincarse por tierra en medio de la carrera preocupaba a su madre. Era tan celebrada la proeza por los demás que se fue haciendo natural el incidente... Ella me narró una parte. Fueron en realidad los mozos y empleados los que dando cada uno un dato al mosaico, armaron en su totalidad la tragedia. Parece que no sólo lo golpeó brutalmente, sino que lo arrastró colgado del estribo, dejando esparcidos los sesos y hasta el pelo en el sendero. Al animal lo encontraron trepando la viña junto a la ermita de los viejos jesuitas. Blanca juntó como pudo sus miembros, pero antes de aceptar lo que había transcurrido en los segundos recién pasados, cayó sobre ella la prueba. Tenía mis ojos y mi frente, era de mi talla y cuando cabalgábamos, ella, en muchas ocasiones, se precipitaba sobre mis riendas para gritar:

—¡Angelino, no sigas!

Pacto sin salida. No obstante, creo que logré dejar atrás la imagen de su hijo al crecer con mis años. Cuando esta situación fue a medias superada, tomó la costumbre de huir sin previo aviso. Yo, anhelante, me dejaba caer del caballo y al tratar de alcanzar la puerta, era deteni-

---

do por un sirviente, que entregándome un mensaje con cierta malicia no se perdía ninguno de mis gestos. En aquellas misivas me rogaba que comprendiera su repentina ausencia e indicaba le era imposible asegurar la fecha de regreso. Hubo temporadas en que su estada se prolongó más allá de todo cálculo, y al verme llegar, su ama salía a mi encuentro lloriqueando. Tuve en cierta ocasión que tocar al piano para consolarla.

Fueron en un año tan continuos sus viajes que resolví no verla más. A pesar de lo lejos que se encontraba, presintió mi decisión y emprendió el regreso. No tuvo la delicadeza de hacérmelo saber con algún recadero, y un buen día se presentó envuelta en pieles a mi casa. Mis padres, turbados, la llevaron hasta mi cuarto y allí recorrió su velo para llorar y pedirme perdón:

— ¡Yo te hago daño, esto no debe continuar!

Nadie imagina el gocijio que experimenta un joven al ver a una mujer hermosa y madura llorando por él. Por muchos años todavía se irguió aquel lugar encantado, y ella, cual un espectro que había dejado su vida sólo en espera de la muerte, vigiló celosa que a mi alma nueva no le faltara nada.

Si mis labios hicieron justicia a tanto desvelo e imprimieron en los suyos un beso, fue sólo en sueños. Sueño dentro de otro sueño, hijo dentro de otro ajeno, viejo amor dentro de uno nuevo.

## 2. ZAPIOLA

Blanca Diana, luego de haber intentado varias veces matricular a su hijo Angelino en el colegio militar de Predes, lo logró.

Como su esposo regresaba siempre con una nueva negativa, a pesar del cuantioso fárrago de cartas de recomendación, ella resolvió ponerse a la tarea de intentarlo personalmente. Se hizo conducir hasta el patio interior de la caserna militar y una vez ante las puertas de la gobernación, pidió ser recibida por el superior del establecimiento. Angelino aguardó afuera, en ese patio rectangular que mostraba una cantidad de circunferencias de piedra desde las que emergían simétricos árboles. A esas horas los alumnos militares se divertían tras los vidrios empavonados proyectando sus siluetas movedizas. Las risas de esos jóvenes indicaban a Sousa que, a pesar de ser muy estricta la disciplina, ellos habían sido lo suficientemente fuertes como para sobrellevar-

---

la y encontrar otra vez la alegría con que ingresaron. Nuestro joven significaría para muchos la propia afirmación y las bravatas estarían todas cargadas a su cuenta. Antes de que Blanca Diana regresara, Angelino comprendió que esto era asunto concluido. Jamás hombre alguno negó algo a su madre. No sería ésta la ocasión, eso estaba claro. Cuando ella acudió hasta el muro en donde él se apoyaba, no necesitó levantar la voz para explicarle:

—Te quedas.

Mientras se abrazaban, desde el fondo del patio acudió lentamente un automóvil que se la llevó.

El establecimiento era un lugarejo para jovencitos de buena familia. Así, la primera impresión de Sousa no fue la de un recinto militar, sino más bien la de un salón. Diseminados junto a las mesas de billar y en amable camaradería, los jóvenes ni siquiera advirtieron su presencia. La sala estaba singularmente construida, ya que un balcón interior la recorría entera por dentro y de esta manera la escena podía ser vigilada desde la altura. En tanto Angelino deambulaba entre los grupos con la intención de establecer algún contacto o bien ser presentado, alguien desde el balcón interior dejó caer a sus pies una copa de licor, que, quebrándose con gran estrépito, volcó la atención de la concurrencia sobre su persona. Asombrado, Sousa alzó los ojos hasta el impertinente, quien, apoyado con la dejadez del que observa un carnaval y sin alzar la voz siquiera, exclamó:

—¡Fuera intruso!

Angelino Sousa descendía de una historia. La del gobernador Zapiola. Las líneas de sucesión han sido siempre respetadas. Ocupaba el lugar preciso, como el de una estrella. Cuanto vestía no recordaba a nadie una tienda.

El gobernador Zapiola cruzó lentamente el vestíbulo y apoyó la frente contra los cristales de la ventana. Abajo, en el centro de la plaza, una docena de carpinteros y gendarmes claveteaban la tarima. Remataba ésta en un sublime baldaquín cuyo dosel estaba ricamente adornado con borlas y guardamalletas de colores. Bajo aquella sombra se llevaría a efecto el sacrificio. En otra época sirvió para resguardar al mandatario del sol en tanto la muchedumbre lo aclamaba.

—Han levantado el cadalso frente a las ventanas de mi casa —exclamó Zapiola y dejó el lugar.

---

El gobernador Zapiola rememora su llegada al Reyno. Me ha pedido que le sirva de albacea y escribano. ¡Hace tanto calor aquí en su celda! Ayer un hedor terrible nos invadía y hoy el alguacil y otros matarifes estaban haciendo un gran rueda junto al muro de adobe que sostiene por el flanco a la iglesia parroquial. Bajo un cerezo han encontrado el cadáver de un gendarme. Yo no quise mirar. El gobernador se ha mostrado inquieto. Este hallazgo le daba una malsana solemnidad al recinto. Lo han cubierto con un paño que ostenta las armas de algún noble descalificado. Suelen estar a la venta los mayorazgos en estas tierras tan lejanas. He oído decir que otros que no han olfateado títulos en su perra vida, hacen encargos a España y burlan el Consejo de Indias y las Cortes de Cádiz.

Narra, como digo, Zapiola su llegada al Reyno. Más adelante prefiero estampar los contratiempos de su travesía por mar, junto a otros enviados de Su Majestad que estaban destinados a Río de la Plata.

Despuntaba el día y, como es de conocimiento de todos los vecinos, el camino es fatigoso y hay que picanear los bueyes, haciéndoles agujeros que si no fuera por la tierra con que se los tapan, llegarían a Santiago rojos de sangre. Primero el viaje con sus paradillas en las pocas posadas que levantan en estas superficies. Porque todo el entarimado y arreglo es necesario hacerlo pocos minutos antes del arribo. Hicimos el último alto en la iglesita de la Comadrona de Jesús Inválido. Allí mi amo mandó regar el suelo con agua a destajo. Le gusta al gobernador Zapiola sentarse al reposo en lugar humedecido. Misiá Yolita y la joven novicia tenían los ojos sueltos en la cara de todo el tizne y tierra que las recorría enteras. Buscaron cómo lavar la ropa blanca y a las tres de la tarde, la iglesita era una lavandería. Dispuso el secretario de Zapiola unir las naves de la iglesia con cordeles y ahí tender la ropa de los nobles y lacayos toda revuelta. El sacristán, que es devoto sin política, anduvo mascullando sinsabores detrás del entarimado de la Santísima Madre de Dios, pero mi amo, que a su vez es rápido en sospechas y ligero en arrebatos, de una oreja le hizo repetir las murmuraciones y cuando las escuchó todas (nosotros manteníamos el más grande silencio), soltó lejos el látigo riendo a carcajadas. Es peculiar en mi amo que cuando todos esperan de él las peores represalias, sale con la más angelical de las risas. Me da la impresión de que le gusta la valentía ajena y allí en situaciones límites. Aunque este humor torcido no va con su propia historia, y todos aquí en Santiago del Nuevo Extremo estamos seguros de que el

---

verdugo no cambiará una risotada insólita por aquella descarga fiera que le separará la cabeza del tronco.

— Así es, oidor Miranda — me dice, apoyándose levemente en mi brazo.

Pero me aparto del relato. Una vez que el barullo de meriendas y lavados estuvo completo, el señor gobernador mandó revestir la carroza con tal cantidad de cartelones, cintajos, terciados, toldos y drapeados que no reconocía yo el carromato que en tantas horas nos molió a todos. Ordenó enjaezar las mulas con crespones tan lucidos que no los he visto ni en la procesión de los frailes. Era un coche muy abierto y pesado que se hizo ligero con las yuntas adicionales. Desplegaron los capitalinos todas sus galas y antes de llegar a la catedral, se veía por las calles cómo los vecinos descolgaban sus tapices y alfombras para que las pisara el mandatario. Hasta las mismas gradas llegaban los caminos de flores y pude ver cómo el sol destacaba la figura del obispo, recortándola dorada contra la oscuridad del templo.

— ¡Fuera intruso!

El calor de La Ligua sudaba jinetes y corceles a la vez, y Zapiola tenía entre las ataduras del peto un gorrión que se reproduciría con la velocidad del viento. Antes de que asomara la comitiva regia en la curva de la iglesita, la prolija Pancracia despejó el camino, apartando las recuas estiercoladas de mulas que obstaculizaban el paso. Con qué gusto crujió el bastón en los ijares de las bestias y estas, trotando lentas a la sombra, dejaron el atajo libre a los caballeros hidalgos.

Abría el cortejo un fraile desdentado llamado Cismarras, quien, llevándose las mugrientas manos a la cara, hacía de bocina y anuncio a los vecinos. Tras este, el látigo saltando el polvo, y entre la turba algún mulato o indio que había de imprimir los primeros pasos al mandatario. Mucho más atrás, y medio ladeado, traían los gentiles el palio. Dorado en las borlas y desteñido en la cara que daba al sol. Y bajo esa sombra movediza, Zapiola dejando caer su magnificencia regia en un par de cojines de tafetán bordados que mostraban en el sebo las armas de un grande. Abanicos hacían los cuatro puntos cardinales de este príncipe, la turba revuelta entre las bestias, y por sobre las cabezas, docenas de penachos de colores flameando a poca distancia del acero. Fulgores, tierra y sudores, frailes con dolor de cabeza, arrepentimientos y susurros, y más de alguna chacota en los extremos, lugar predilecto de los truhanes y enanos que ante la fatiga sueltan la risa y comercian restos de galletas mal habidas en tiendas ajenas.

---

Las damas ocupan el carruaje pesado. Siempre la rueda cerca del peligro y dentro es seguro que abanicar a la dueña.

— ¡Fuera intruso!

Como ninguno se moviera, Sousa tampoco lo hizo, permitiendo ese silencio escuchar cada uno de los pasos que el teniente dio sobre la escalinata. Cuando estuvieron frente a frente, observó Angelino a un joven de maligno aspecto, la nariz un tanto respingada y el rictus de la boca caído. Llevaba en la mano una baraja de naipes que movía con habilidad sorprendente:

— Tienes el cuerpo de una jovencita, pero eres de fierro por dentro.

Dicho esto, hizo lo contrario que se usa y en vez de sacarse los guantes para darle la mano, se los puso. Este gesto arrancó grandes aplausos y risas, y todos los concurrentes desfilaron ante el nuevo cadete, alargándole una mano enguantada.

Aquel oficial se llamaba Condarco, pero jamás se lo nombró con tan conspicuo apellido. Se le conocía simplemente como «Perro Amarillo», sobrenombre insólito en un individuo de cabellos tan negros como las sombras de la noche.

### 3. CONDARCO

El amor de Sousa y Condarco adquirió para ellos las proporciones de una aventura inigualable. No fue lo mismo para la madre o para el director del establecimiento, quienes vieron en aquella unión la pobreza que significa la dependencia entre dos hombres. El carácter caprichoso de Sousa siempre lo llevó a magnificar situaciones irreales. En el fondo, Angelino se había imaginado la vida, por ello se dejó arrastrar por la pasión de Condarco, quien muy pronto exigió a su víctima lo que esta le debía.

— Te has dejado querer y eso trae sus consecuencias — le explicó su madre —. Con los sentimientos ajenos no se juega.

El amor no necesita llamarse hombre o mujer. Cuando Angelino descubrió esta particularidad, entendió al capellán del colegio, que se lo llevara tantas horas de rodillas ante una imagen de yeso.

Angelino Sousa, como vástago de una vieja y noble estirpe, era inmune a las sorpresas de este mundo. Nunca había necesitado codiciar nada. Todo lo que lo rodeaba, su casa, sus tierras, ya habían servido de escenario a otros que, como él, sólo lo transitaron. Si cuando llega-

---

mos al mundo nuestra casa tiene muchos, muchos años, y el parque otros tantos, entonces nunca nos sentiremos en lo propio. Ni la misma Blanca se atrevió a cambiar la disposición de los muebles en Villacler, y las pocas innovaciones que hizo se notaron tanto que siempre dieron la impresión de arreglos provisionales. Esos pesados muebles y sus sombras hacían un todo junto a los muros. La comida en Villacler no constituía un placer, sino más bien formaba parte del ritual del comedor. Lo que allí se servía se hacía con el único afán de cumplir con la vajilla. Sousa, de niño, dormitaba ante un fétido guiso de bacalao con papas. A veces un manojo de cochayuyos humeaba sobre un fino plato ribeteado de oro. Las cucharas de forma exagerada mostraban más superficie al monograma que para lo que fueron hechas. Dicen que un primo de Blanca se colgó de la lámpara y pateó en todas direcciones los cubiertos y copas. También referían los criados a Angelino que su padre cuando niño robaba el azúcar flor del aparador, dejando una estela blanca que cruzaba las alfombras. O que sus tíos entraban caminando en las manos o, cuando pequeños, sentados en la punta opuesta de la mesa, se volcaban el agua de canela en los pantalones.

Las anécdotas de sus tíos carecían de originalidad. Si pedía que le refirieran las de su abuelo, y del abuelo de este, llegaría a su primer antepasado, Zapiola, gobernador del Reyno, cuya vida entera era una gran anécdota. Allí en el comedor habían colgado su retrato. Sobre la armadura que despedía fulgurantes rayos metálicos, caían armoniosos los blandos bucles de su peluca. Así, ese desfile de descendientes y sus anécdotas cada vez más nimias, habían llegado a extinguirse por completo en la persona de Angelino. Y este, en un pacto secreto, había ofrendado su existencia a aquel gobernador. De estos retoños terminales se valen los antepasados ilustres para asomarse de nuevo a la vida. Es de suponer que el gobernador Zapiola, hombre vital y desprejuiciado, no se sintiera muy a gusto en un joven melancólico y débil, incapaz de emprender la acción. Pero a su vez son estos vástagos sin fuerza los únicos que pueden prolongar en algo la vida de aquellos ancestros formidables que forjaron nuestra historia.

Cuando en el colegio de Predes, el profesor se refería a los gobernadores de la Colonia, y en especial a Zapiola, Sousa escuchaba una versión oficial que no guardaba relación con la que él conocía. Condarco fue el único que supo halagar esa estúpida vanidad de Angelino. Logró adelgazar su natural falta de sensibilidad y adentrarse en los pormenores de ese Zapiola (quien, por lo demás, le era absolutamente

---

indiferente) y dar en el blanco del joven soñador. Se documentó, indagó, inventó, hizo milagros para lograr el favor de ese jovencito rubio que vivía de recuerdos.

La tarde en que Angelino cruzó el salón del casino militar, Condarco lo adivinó todo. Acostumbrado a buscar de entre los cadetes nuevos a su presa, sabía leer en una nuca, en un ademán, todo un contenido. Hacía tanto tiempo que buscaba un ejemplar de éstos. Era tan fácil derribarlos. Admitir, en primer lugar, todo lo que tenían a favor: gusto, clase, cultura, todas aquellas dotes que se deben a una familia con prosapia. No desconocer ninguno de estos atributos, pero al mismo tiempo no ceder nada en el campo de los afectos. Halagar las maneras, explotar la falta de cariño. Traer a desfile todos los nombres ilustres que el muchacho exhibía con orgullo y al mismo tiempo acertar con precisión matemática en el blanco de los sentimientos, tantas veces confundidos en estos hijos de gente ociosa.

Por medio de halagos y favores debía subyugar a ese necesitado y destruirlo cuando ya lo sintiera seguro. Condarco era irreflexivo, y para lograr algún capricho, se jugaba entero. Por ello, cuando Sousa cruzó el salón, no pudo contenerse y dejó caer esa copa para detener la vida de todos los presentes, y actuar. Esa actitud irresponsable con que desviaba a Angelino lo hacía aparecer despreciable a la vista de los demás. Tan sólo en aquella etapa inicial admitía Condarco que su proceder era censurable, ya que una vez que gobernó la vida de Sousa, lo amó profundamente y lo sirvió. Condarco era torpe y burdo. Su persona poco agraciada estaba constantemente puesta en guardia frente al mundo. Pero en la intimidad era diferente, como un animal que sale a batirse por la presa y, una vez de vuelta, la reparte toda entre los suyos. A Sousa le estaba prohibido alternar con otros, inmediatamente su carcelero sentimental lo apartaba del intruso con violencia. ¿Qué más quería Angelino que un amante incondicional, especie de guardián y nodriza a la vez? Así como le bruñía las correas del uniforme, amenazaba a sus compañeros o interceptaba las cartas de su madre. Esta simbiosis entre protector y protegido duró hasta que Blanca Diana se inquietó por los anuncios que su hijo le hacía acerca de este gran amigo, especie de hermano y padre a la vez. Estas revelaciones vinieron a poner conflicto a la situación. Sobre todo que Condarco no tenía miramientos para con nadie. Tampoco analizaba nada. Sólo vivía lo que tenía entre manos. No se preguntaba sobre el problema de la existencia o el misterio de la vida. En la capilla, afirmado en la baranda del coro, seguía el

---

oficio de la Santa Misa con la misma atención con que los monos del zoológico nos miran. Parecía ausente y, no obstante, no se perdía ninguno de los ademanes con que el monaguillo transportaba el misal o escanciaba el vino. Reconocía como algo superior a la naturaleza, con la que lo ataban extraños vínculos. Sostenía que el mudo lenguaje de los árboles le era familiar. Tampoco el sexo para él contaba. «Nada con eso», repetía con una especie de orgullo. Todas aquellas aberraciones, Sousa las consideraba grandes cualidades. Para él, por el contrario, en cada acto pequeño del sacrificio de la misa estaban presentes su propia muerte y el juicio eterno. A la naturaleza la entendía como el telón de fondo de los hombres y sus hazañas; y, del sexo, la masturbación y algunos inicios con criadas le demostraron que no era nada fácil tampoco aquello. En cambio, a este Condarco que se dejaba caer del caballo en plena carrera y aventajaba a todo el internado en los ejercicios corporales no le interesaba el sexo. Se jactaba de no haber tenido jamás relaciones con una mujer y, sin embargo, ponía un énfasis desmedido en narrar la manera cómo apaleó las ramas de un aroma y recibió en su rostro las gotas rezagadas del rocío. Su alma de ama de llaves lo hacía simpático a Sousa. Cuando se trataba de lustrar las botas, por ejemplo, desplegaba una técnica única que comenzaba en el betún y terminaba en su sonoro escupitajo, que según él las dejaba relucientes. Observaba Angelino con asombro que ponía el mismo interés en lustrar las botas de ambos. En el cuidado de los caballos y de los automóviles era un experto. El director del colegio siempre le pedía arreglar algún desperfecto del suyo. El caballo de Sousa empezó a parecerse al de Condarco.

En cierta ocasión, Sousa advirtió que Condarco abrochaba mal la cincha de un caballo, y se acercó para corregirle. Nadie puede imaginar la agresividad que se desató en Condarco y la manera brutal con que empujó lejos a su amigo:

— ¡Sólo yo entiendo de caballos!

El desconcierto de Angelino fue grande; una violencia extraña se había dejado ver como la mínima ranura de luz que se cuele por una puerta mal cerrada. Sousa volvió en silencio a Predes, en tanto Condarco se deshacía en disculpas. No era la ofensa lo que intrigaba a Angelino, era el lugar en donde Condarco ponía su pasión. Parecía que todo su interés se concentraba en esos detalles banales. Tal vez no poseía nada o casi nada. Cuántas cosas no le estarían vedadas en este mundo. Por ello interpretó a la naturaleza a su arbitrio y le infundió

---

diálogos. Con los detalles de un motor, o con el brillo de una montura, sucedía lo mismo. Le eran terrenos conocidos que no se volverían en su contra. No creía en los demás. De allí que amó a Sousa. Le podía dar un cuidado casi enfermizo. Era cuestión, pensaba, de ajustar las piezas en ruina de su corazón. Pero cometió un grave error. La herida de Sousa se remontaba a los tiempos de Zapiola. Creyó que Angelino aceptaría sus cuidados sin emitir juicios, pero como éstos nos sobrepasan y corren por su cuenta, la relación se fue haciendo conflictiva y finalmente se deterioró.

¿Era Condarco un hombre inteligente?

Había en su conducta toda una faceta que Sousa no conoció, sino hasta muy tarde. Terminada la jornada, se preocupaba, incluso, del abrigo que Angelino pondría sobre el lecho por la noche. Le enseñaba a relajarse para vencer el insomnio y alcanzar el reposo. Largo tiempo permanecía de rodillas junto a su cama y sin decir mucho, le daba a entender que de todo estaba al tanto. A veces, mientras balbuceaba alguna recomendación, miraba de reojo el estado de los bolsones, cueros y mochila de su compañero. Al despedirse le fijaba aquellos ojos vacíos que dirigía al Santísimo. Sousa se dormía. Nunca se preguntó cómo eran las noches de Condarco. Suponía que también se recogía temprano. La realidad era otra. Como en las fábulas, Condarco se transformaba. Bajaba de su dormitorio, y al entrar en el casino era irreconocible. Tenía gustos extravagantes, como una colección de pañuelos de seda de colores estridentes. Pañuelos que jamás mostró a su amigo. Allí, como todas las noches, bebía hasta muy tarde. Los demás oficiales lo evitaban. Una vez borracho, la emprendía con los muebles. Destrozaba cualquier cosa, demostrando una fuerza extraordinaria. Una vez alborotó las caballerizas y provocó grandes perjuicios en la sala del palitroque. Rodeado de esos enormes bolos, funcionando a toda velocidad por las canaletas de madera, descarrilaban y caían al piso con gran barullo, desde donde los tomaba y estrellaba contra los vidrios. Ensangrentado y silencioso lo conducían hasta su cuarto. Por la mañana se mostraba despejado y jovial. También tomó la costumbre de abandonar el colegio militar de noche. En su calidad de maestrillo e instructor, le estaba permitida esa franquicia. Buscaba los bares solitarios y dudosos, y cuando al amanecer lo expulsaban, volvía a entrar, pero esta vez de a caballo, destrozándolo todo. Si Sousa se hubiera despertado por las noches, lo habría visto junto a su lecho en muy mal estado. Le sucedía a Condarco que en medio de sus delirios nocturnos, en tan-

---

to esquivaba a un pelotón de policías o de simples parroquianos, se acordaba de su pupilo, que él cuidaba con tanto esmero durante el día y, entonces, a medio montar y por los caminos más solitarios, volvía hasta el dormitorio de Sousa, y sin que este lo notara, le ordenaba con primor los zapatos, la mochila o los pantalones. Sólo en una ocasión, Sousa se despertó sobresaltado, pero inmediatamente se volvió a dormir. La verdad es que no lo reconoció.

Primero por las cartas y luego por sus confesiones, Blanca Diana comprendió que la amistad de su hijo con Condarco era inconveniente.

—No se debe jugar con los sentimientos de nadie —le había dicho.

Angelino no entendía el lenguaje de su madre. Ella hizo todo lo que pudo, pero cuando se dio cuenta de que estaba ante un absurdo, dejó al destino obrar. Tenía confianza en su hijo y en el fondo no le preocupaba tanto esa extraña relación, sino más bien las consecuencias que Angelino sacaría de todo aquello. Conocería el corazón humano y este le revelaría grandes secretos y contradicciones. Por esto no se hizo mayor problema hasta que conoció a Condarco. En aquella ocasión cambió todos sus postulados, y no pudo contenerse. Fue al finalizar el año escolar, el día de la repartición de premios. Estaban los alumnos divididos en dos bandos: romanos y cartagineses. Unos con el color rojo y los otros con el azul. Había dentro de estos bandos muchas jerarquías: cónsules, cuestores, brigadieres, ediles. Angelino había obtenido la banda de Cónsul Perpetuo de Cartago. Cuando el director lo llamó adelante, un mozo recibió la banda azul en una bandeja de plata y siguió a Sousa, quien debía escoger a un familiar para que se la terciara. Sousa escogió a Condarco, quien haciendo ostentación del poder que ejercía sobre el cadete, se la puso y le estrechó detenidamente la mano. Blanca Diana, quien no podía entender lo que veía, se incorporó, y sin esperar a que el acto finalizara, cruzó el teatro y salió. Angelino inmediatamente la siguió, y a este, Condarco. El diálogo que Blanca y el instructor sostuvieron dejó a Sousa fuera de escena:

— ¿Señora, cree usted que yo soy una mujer?

— Sí, eso creo —respondió ella, buscando entre los automóviles a su chofer.

Ésta fue la primera ruptura entre Blanca y su hijo. La segunda se produjo el día en que Condarco visitó Villacler. Angelino y su madre lo aguardaban en la terraza del segundo piso, que sobresaliendo de la fachada descansaba sobre la columnata de piedra. Sólo se escuchaba el

---

ruido del viento que agitaba los bordes del toldo, a través del cual se filtraba una luz extraña. Blanca, recostada en una silla, mantenía cerrados los ojos. A no ser por las ondulaciones del toldo, la escena habría adquirido la inmovilidad de una vieja postal. La despreocupación de los protagonistas permitió vislumbrar los cambios a que los conduciría el tiempo. Al menos, Angelino advirtió este descuido y torciendo levemente la cabeza, observó a su madre que parecía dormir. Entonces se fueron produciendo sucesivamente en ella las transformaciones veloces y sutiles que la hicieron envejecer. Como aquellas superposiciones que se logran en el cine cuando transfiguran a alguien. La última de estas escenas mostraba la misma terraza con la lona del toldo hecha jirones, y a su madre anciana dormitando con una sombrilla mal sostenida.

— ¡Madre! — gritó Angelino, como para borrar estas visiones, y se precipitó sobre la baranda.

— ¿Qué hay, qué te sucede? — preguntó ella, recogéndose cuidadosa el moño.

— Nada — contestó el joven, bajando el tono de su voz, y luego fijando la vista en el horizonte, percibió la polvareda que rodeaba a un cochecito de tiro:

— ¡Ahí viene Condarco, ya está en Villacler!

— No es necesario que grites de esa manera — dijo Blanca, e incorporándose cruzó la terraza y junto a su hijo observó cómo la voluta de tierra iba creciendo y el ruido del coche se hacía cada vez más nítido.

Cuando yo frecuenté Villacler, era esa una casa sin acontecimientos. Pesaba sobre la enlutada Blanca la muerte de Angelino y del paradero de Condarco nunca más se supo. Tal vez en alguna oportunidad intentó visitar a Blanca, pero no se atrevió. Existía entre ellos una realidad irreparable: la muerte de Angelino. Jamás pueden alcanzarse aquellos que están distanciados por una muerte común. La muerte de un amigo obliga a revisar la relación hasta el principio. Convierte cada acto del pasado en un presagio y flota el personaje como alguien enviado del cielo. Las culpas, los errores, nos señalan a nosotros y ellos, lavados de rostro, transparentes, adquieren en el recuerdo la apariencia de un santo. Nadie tuvo presente de Angelino otra cosa que sus cualidades, y en estas trocaron sus defectos. La presencia del ausente es la peor de todas. Su fotografía (relegada más tarde al cuarto de alojados) se hizo cada vez más intratable. La verdad es que rejuveneció entre nuestras vejezes, permaneciendo en ese sepia que lo rodeó de luces inocentes. Lo destinaron al cuarto de visitas, allí vigilaba los secretos

---

pensamientos de los alojados. Se hacía respetar de los intrusos y daban ganas de escandalizarlo de algún modo. Quizás lo dejaron ahí con la secreta ilusión de que ocupara una pieza destinada a los que regresan. El terremoto de 1930 volcó un enorme ropero contra el muro en donde colgaba el retrato, y este se quebró. El milagro de su santidad, sin embargo, se operó en su propio cadáver. Cuando su padre se encargó de reorganizar la tumba de los Sousa y para ello fue necesario reducir los restos de esos difuntos, advirtieron que nada se escurría en el féretro de Angelino. El cuerpo del joven estaba intacto, la corrupción no lo alcanzó. Es lo que más pueden esperar los santos de las bondades de este mundo.

La cabrita que conducía Condarco llegó hasta la columnata y Sousa y su madre le hicieron señas desde la terraza. Condarco llevaba una gran hoja de acanto en la mano:

— ¡Te la traigo de regalo, mírala qué hermosa es!

Angelino se sonrojó como una niña, no sabiendo cómo salvar la situación. Blanca, quien no ocultaba la antipatía que sentía por el adúlador, exclamó sin delicadezas:

— Usted no trae esa hoja de regalo. Usted nos distrae con ella, y le sirve de escudo.

Pudo Condarco responder con aquello de «usted no me cree», pero prefirió el silencio y siguió a Sousa hasta su cuarto. Algo balbuceaba Blanca, mientras disponía el almuerzo. Durante el día observó ella la ansiedad con que Condarco buscaba a Sousa si este desaparecía un instante. Registraba todas las piezas sin respetar nada. No mantendría la misma actitud cuando se sintió preso de lo que había provocado. Pero en aquel verano de Villacler, Condarco aún no sentía a su víctima bajo su dominio. Sabía que el escándalo que provocaba su actitud en los demás, en Angelino se volvían actos de valor. Fue así como no respetó ni la noche en Villacler, y borracho cabalgó entre vómitos y contratiempos hasta echarse contra las rejas del parque y despertar a la familia. Colgado de la campanilla, topeaba el portón con el caballo, profiriendo gritos que hicieron encender una a una las luces de la casa. Blanca, envuelta en una manta, acudió hasta la puerta con un manajo de llaves. Mientras la abría, intentaba interrogarle:

— ¡Explíqueme una sola cosa, por favor! ¿Es capaz de decirme la verdad?

— ¿Qué quieres saber, mujer? — respondía, tratando de introducir el animal por la abertura de la reja.

---

— ¿Lo ama usted? ¿Quién eres?

— ¡Lo quiero mucho! — gritó —, ¡y ahora necesito verlo! Es el único que puede perdonarme.

Y una vez bajo el corredor, se ponía a golpear unas grandes tinas en donde se guardaba el trigo. Angelino, pálido, sosteniendo un farol rogaba a su amigo que abandonara Villacler y regresara a Predes. Una extraña serenidad asistía a Sousa en aquellos momentos difíciles. Sentía que una coraza de acero labrada con fieros leones rampantes le cubría el pecho y alguien misterioso ceñía sobre su débil frente el duro casco de los gobernadores.

— ¡Tú eres el único que puede ordenar aquí! — repetía Condarco, paseando el animal con insistencia bajo los balcones —. ¡Los demás no me creen, nunca me han creído!

La lluvia borroneaba su imagen entre los árboles del parque. A topetones salía por la reja y enfilaba la alameda y el bosque de castaños. Nunca se sabía si realmente ya no estaba. Hubo noches en que mientras Blanca aconsejaba a su hijo y la lluvia cerraba los caminos, al aproximarse Angelino a la ventana y descorder la cortina, lo encontraba allí, de pie, con el pelo destilando sobre la cara. Volvía junto a ella y pedía un farol para buscar algo olvidado en el corredor. También creyó verlo una noche en el bosque de castaños, y al sentir que se le escurría entre los árboles, lo siguió muchas cuerdas para gritar finalmente derrotado:

— ¡Condarco, basta de bromas! ¡No te alejes más! ¿Me oyes, Condarco?

Y al levantar la voz y pronunciar su nombre, lo oyó responder del otro lado de las cocheras, a muchos metros de distancia.

— ¿Quién eres entonces? — alcanzó a balbucear, emprendiendo la más angustiada carrera hasta la casa.

La cena languidecía. Su padre protestaba por todo, tratando en vano de sintonizar una radio, que sólo emitía agudos insoportables. Blanca doblaba la servilleta y la introducía en la reluciente argolla que tenía sus letras. Condarco fumaba con desgano. ¿Quién había sido aquel misterioso sujeto que se lo había llevado engañado de árbol en árbol aquella tarde? Antes de solucionar el enigma, sus ojos encontraban la respuesta en la mirada al óleo que le dirigía Zapiola. Su rostro parecía más fiero que nunca, enmarcado por aquella ridícula peluca. Zapiola aborrecía esa cena. El padre manipulando las perillas de una radio y Blanca absorta en pequeñeces. Esa ceremonia podía arrastrar-

---

se por mucho tiempo. Saldías aguardaba tras el biombo (que ocultaba el ventanuco por donde circulaban los platos) a que sus patrones terminaran. Los respaldos vacíos se introducían en las sombras. De otras cenas tenía memoria Zapiola, no allí, bajo esos techos amojonados de molduras de yeso y plantas enfermizas, biombos y vitrinas.

Cuando Zapiola dejó la tienda y se reunió con su guardia sorda, hizo aumentar el número de sus invitados junto a las fogatas. Ordenó que todos se sentaran en interminables hileras. Obedientes sus hombres, se ubicaron frente a los platos y copas. Una vez que todos guardaron silencio para dar acción de gracias, Zapiola, quien no se medía en caprichos, mandó sortear los lugares y reorganizar otra vez los puestos. Cada comensal tomó un número de un canasto y ocuparon el banquete al azar. Frente a Zapiola se sentó un viejo llavero desdentado que, en cuanto reía, lanzaba al rostro de sus vecinos las pepas y trozos de comida.

A la hora de los postres se sirvió sandía y el llavero, sin poder contenerse, escupía las pepas al Ggbernador. Al comienzo, Zapiola se pasaba la mano con resignación por la cara, pero cuando el pobre desdentado pidió repetirse otra tajada, nuestro señor montó en cólera y apretando con fuerza una alcachofa, la incrustó en la vinajera, salpicando a todos los que tenía enfrente. El llavero, que creyó era ésta una broma, escupió otra andanada de pepas y cáscaras a Zapiola, quien desenvainó en el acto. Las risas y el desorden fueron generales. Todos se escupían y arrojaban comida, volaban las verduras y a Cismarras le cayó una chirimoya en la sotana. El señor veedor creyendo congraciarse con su amo, le lanzó una tartaleta con tal certera puntería que dio en plena peluca del gobernador. A estas alturas, Zapiola volteó una tinaja e hirió a un comensal en una mejilla. Cuando la guardia sorda se percató de que el mandatario no jugaba, blandieron las picas, y los desconcertados militares se refugiaron en sus tiendas.

Estos cambios bruscos de humor son característicos en los príncipes, quienes se dan licencia siempre y cuando dominen la pantomima. Nunca se exponen en igualdad de condiciones con nadie, ni en la seriedad de los duelos, ni en la guerra, menos aún en los juegos.

La ira de Zapiola no conocía límites. Célebres eran sus arrebatos y, aun cuando después de haber destrozado puertas y muebles se lo oía reír a carcajadas en medio de la noche, estos arrebatos eran serios. A tanto llegaba su tedio que, al día siguiente del banquete frustrado, hizo venir hasta su lecho a una delegación de soldados para que cada

---

uno le narrara con lujo de detalles los sucesos de la víspera. Eran incansables sus preguntas, sobre todo las que decían relación con su persona. Si algún extraño hubiera escuchado estos interrogatorios, no habría creído jamás que el mandatario se encontraba presente en los sucesos. Reía a destajo, sobre todo de sus propias reacciones narradas por sus súbditos. Le encantaban las interpretaciones que daban a los hechos los hombres desposeídos de malicia. Lo mismo acontecía con otras materias. Cuando un grande enviaba su retrato, Zapiola lo hacía interpretar por algún cochero, o los planos de la guerra, las cartas oficiales y todos aquellos documentos complicados, que la gente sencilla muestra con su pureza en su verdadera dimensión. De allí que cuando Zapiola buscaba compañía en casa de algún palafrenero, lacayo o subalterno, su intención purificadora era más profunda que la ironía y afán de burla que la nobleza asignaba a aquellas actitudes.

Después de la muerte de Angelino, Blanca me señalaba su puesto en la mesa. Frente a este colgaba el retrato ecuestre de Zapiola. Siempre creí ver en sus ojos una gran ansiedad. Parecía que buscaba en mí un reemplazante para revivir aventuras. Prefería yo los dulces ojos de Blanca, aun cuando ella también esperaba encontrar en los míos, los mismos que buscaba aquel antiguo gobernador del Reyno.

---

## SEGUNDA PARTE

### 1. RAQUEL

La niñez es la primera devoción que dejamos. Acercarse a una ajena es como soportar en una obra un acto que muestra un decorado insípido, por lo general un jardín con macetas de cartón, ladrillos de papel y perspectivas engañosas. La infancia de Blanca Diana se desarrolló bajo la sombra de su hermana Raquel, quien hizo coincidir con su capricho su época a sus días, y actuó todo el tiempo de su juventud para encontrar la madurez y el resto en un oscuro suburbio de Limache.

Me adelanto, ya que en esos felices y despreocupados años la familia aún vivía en Valparaíso y el terremoto no había dividido en dos la época a que me refiero.

Raquel, desde niña, tomó para sí el disfraz del temperamento, la pasión y el antojo, haciendo el personaje irreflexivo que actuaba por medio de teatrales aposturas, dejando en cada mueble un ademán. Blanca no tuvo otra alternativa que ocupar el papel opuesto y recibir en su ser a la moderación, el trabajo y la sabiduría.

El estado de los dos dormitorios daba cuenta del estado de aquellas dos almas. En tanto Blanca disponía sus modestos juguetes en ordenación casi enfermiza y sus muebles mostraban la quietud de la dueña, Raquel esparcía por todos los rincones los trapos que la sustentaban como personaje atormentado. Rogó a su madre le instalara un peinador con muchas luces y ahí se daba cita frente a su cara. Ésta, que no tenía la belleza de la de Blanca, aprendió a ser mudable y a no fijar jamás una expresión por mucho tiempo. Los polvos, afeites y porquerías modelaron una vejez precoz en la muchacha, y como acontece con la vanidad fue el suyo el único rostro que toleró enfrente. Allí ensayaba los gestos que luego representaría junto a la puerta del salón, cerca del comedor, en la gran escala, en fin, por todas partes.

---

La ópera, vicio decimonónico, le sirvió de modelo para sus fines. «Se puede pasar por la vida creyendo cualquier cosa», se decía, para justificar su afán de hacer propios los destinos de Norma, Gilda, Desdémona, Lucía, La Sonámbula, y todas aquellas desdichadas de tres actos que una vez muertas, envenenadas o raptadas, volvían a los camarines a cobrar el precio de su voz.

Raquel no cantó esas vidas, las imitó ofreciendo la propia, lo que, si se emprende con la ceguera con que ella lo hizo, se consigue. Una ópera silenciosa y conmovedora que acabó con su destino.

Cuando, al final de sus días, el cura párroco suspendió una clase para ir a escuchar su confesión, la encontró muriendo de veras. Esta vez Raquel no actuaba, y si lo hacía, la muerte se la llevaba engañada. Acudieron hasta su lecho todos sus hijos, el señor Sousa, Angelino y Blanca. El sacerdote les pidió que salieran para quedarse a solas con la moribunda. Ella no confesó ningún pecado y en un acto de teatralidad divina, le explicó:

— Padre, si todo comenzara de nuevo, volvería a hacer lo mismo.

El sacerdote abrió la puerta de la pieza y les indicó que pasaran:

— Muere como una santa — les dijo, y se fue.

Si Raquel cerró sus enfermizos días con una muerte conmovedora, esto nos da licencia para narrar los acontecimientos claves de su locura. Sobre todo que estos eximieron a Blanca de caer en aquellos ensueños fatales. Mientras la realidad se encargó de diseñar para Blanca una infancia incolora y pobre, los delirios de que se rodeó Raquel funcionaron por algún tiempo, y también la fortuna de la familia, que pudo solventar aquellos desvaríos y trató en vano de despertar en Blanca alguno.

Los personajes que encarnó Raquel fueron inofensivos hasta que Cardillo, su profesor de canto, se vio envuelto en el escándalo.

Este afinador de pianos, que también enseñaba a niñas de la sociedad del puerto, se dejó arrastrar por la pasión artificial de Raquel. Para la joven, Cardillo significaba un artista en el salón de su casa, tan custodiado y lleno de reglas absurdas de convivencia. Al lado de sus pretendientes, Cardillo tenía todo el sabor que a estos les faltaba. Aquellos enamorados de conjunto vestían sus juveniles sentimientos en cuidados y costosos trajes. Las palpitaciones de sus corazones ansiosos estaban envueltas en pesados perfumes, que humedecían las camisas y

---

corbatas elegantes. Se movían dentro de esas ropas y hablaban con la timidez que nunca abandonan los hijos de familia.

Raquel prefería a Cardillo, ajado y sin lugar en este mundo. Fracasado del conservatorio de Milán, se casó con una napolitana, quien lo abandonó después de su primer hijo. Cardillo huyó a América, pero tarde. Aquí le destinaron un cuarto indecente, dos direcciones de parroquias para afinar el órgano y una docena de niñas que estaban deseosas de aprender a cantar en sus casas.

Cardillo se convirtió así en un profesor de música a domicilio.

Al desengaño amoroso se había sumado el del arte y con ambos se abandonó a una vida que le mostró más sorpresas que las que él esperaba. El tiempo sin perspectivas lo obligó a vivir al día y en estos halló personas, pequeños quehaceres, y hasta lealtades que le indicaron que todo lo que antaño persiguió con tanto afán era mentira.

Raquel necesitaba un amor hecho a la medida de su teatralidad. Cardillo era el personaje. El amor entre la alumna y el músico comenzó desde las primeras clases. Argumentó la niña que prefería tomar las lecciones a solas y así eliminó a Blanca, quien se vio en la obligación de cultivar otros pasatiempos. La puerta del salón permanecía cerrada. Nadie se habría atrevido a violar aquella tácita disposición. La madre se inquietó porque de allí no salían notas ni arias, sino un silencio aterrador en que se estaba fraguando un espectacular escándalo. Antes de huir, Raquel simuló la fuga. Guardaba por su padre un entrañable cariño y quiso averiguar si su decisión le acarrearía un dolor muy grande. Un día desapareció y se refugió en una iglesia. Se la buscó por todo Valparaíso, incluso con ayuda de los bomberos. Toda pesquisa fue inútil. Por la noche regresó. Sus padres inquietos la rodearon llorando:

— ¡Te hemos buscado por todo el puerto!

— Estaba bajo el mar — fue la lacónica respuesta.

Al llegar a su dormitorio y enfrentarse con su rostro le sonrió y repetía:

— No se han muerto. Mañana sí me voy.

Escribió entonces una larga carta a su padre explicando su terrible decisión y, en tanto engomaba el sobre, miró desde la ventana a un hombre semicalvo que en medio de la plaza le hacía señas. En aquel momento lo advirtió todo con gran claridad, aun cuando sólo los faroles la proporcionaban. Vio a Cardillo casi viejo y esperanzado, imaginó a su padre durmiendo, el teatro vacío, la iglesia igualmente, y ese día inevitable que se volcaría sobre esta noche única para borrarla para

---

siempre. Aún era tiempo de arrepentirse, romper la carta y despedir al músico; pero era lo que rodeaba a Cardillo, aquellos árboles y bancos quedos, los faroles y el adoquinado de la calle, lo que le repugnó, de tal manera que prefirió continuar en cualquier circunstancia sus días. Tenía horror a repetir algo. Se acicaló el sombrero de grandes alas, recorrió la casa silenciosa y se detuvo junto al lecho de Blanca, quien dormía con mucha placidez. Al bajar se encaminó hasta el escritorio de su «papacha», como ella cariñosamente lo llamaba, y dejó la carta de adiós sobre un cartapacio. Luego suspiró, miró el salón de noche y buscó la puerta de calle.

Cardillo la aguardaba con dos maletas y un victoria de arriendo. El tren saldría a primera hora y fue necesario pernoctar en un hotel de mala muerte.

Las clases habían terminado.

Cardillo, vuelto a la vida, era un ser ávido que se aferraba a esa jovencita con una necesidad desesperada, como de querer recuperar en ella a otra mujer, años de juventud y hasta la ilusión de llegar a ser un gran compositor. Ella, por el contrario, sólo salía de escena. Lo había hecho en gran parte por dejar una imagen permanente de grandeza entre los suyos. El último acto de su vida estaría siempre representado por la fuga. El resto no contaría para aquel público selecto. Fueron hijos y miserias, Cardillo incluso le fue infiel y las deudas lo volvieron un ser repelente. Pero aún quedaba ese largo viaje en tren para desaparecer.

El padre por la mañana, a los gritos de los sirvientes que no la encontraron por parte alguna, bajó como llevado por una mano misteriosa hasta el escritorio. Tomó la carta y, luego de leerla detenidamente, la dejó caer silenciosa sobre la alfombra. Nunca más la nombró, ni siquiera en la hora de su muerte.

La historia de Raquel significó para Blanca Diana la división del mundo en dos sectores irreconciliables. Sabía que en ambos se consume la gente, pero de distinta manera. En el suyo, rodeado de muchos, viviendo en la seguridad que da mantener la pasión y el vicio a distancia. Sólo para entibiarse las manos en su lejano resplandor. En cambio al mundo de Raquel, todo consumido por aquel devorador fuego, le sobraban siempre los días y estos sólo se justificaban para aguardar una nueva aventura. Así, las dos hermanas quedaron separadas por opuestos insalvables. Lo curioso es constatar que cuanto hacían lo ha-

---

cían en razón de la otra parte. Las aventuras de Raquel necesitaban de la resonancia que en Blanca alcanzaban, y esta sentía una secreta alegría de saberse la estabilidad que su hermana no era capaz de lograr. En realidad, Blanca vivía en los acontecimientos de Raquel, y esta tenía su seguridad en el zurcido cotidiano de su hermana.

La infancia de Blanca se resolvió en la historia de Raquel.

Con los años, se hacía presente esta última en la casa paterna por medio de cartitas llenas de faltas de ortografía. Siempre narraba alguna desdicha y Blanca recolectaba dinero para ella. También le hizo llegar las fotografías de sus hijos y en ocasiones le envió canastillos con limones de Pica y otros modestos presentes. Con el lavado se le agrietaron las manos, y por todo adorno llevaba un par de cintitas en el pelo descolorido y mustio. Blanca acudió siempre a las citas de su hermana, y ambas se entregaban a recordar la juventud. En verdad si alguien las hubiera visto, jamás habría reconocido a la muchacha indómita de otros años. Habría pensado que Blanca Diana estimaba mucho a aquella florista y la abrazaba. Cardillo la llevó a vivir a un dormitorio con piso de tierra. Como Raquel perdió su condición en plena juventud, se aficionó a establecer amistad con las empleadas domésticas. Ella, que en otro tiempo no se dignó descender al repostero o a la cocina, se vio obligada a ser recibida sólo allí. Junto a su inclinación por las camareras le vino el amor a los gatos. Se rodeó de tal cantidad de ellos que pasaron a primer plano. Todos llevaban un nombre de pila, y en sus cartas hablaba de cada uno, provocando en el señor Sousa los chistes más crueles. Esta mendiga casi nunca visitó la casa de los Sousa en Villacler y Blanca sabía encontrarla en aquellos suburbios. Las sirvientas y toda esa gente muy modesta la querían, ya que, a pesar de su pobreza, Raquel nunca perdió los modales de su clase. Esa inocencia que tienen ciertas mujeres de la alta burguesía, que en medio de los más desgarradores sinsabores, jamás pierden el humor y se hacen cómplices de toda desgracia ajena por inventada que esta sea. Raquel fue la amiga disputada de los arrabales.

Cardillo, borracho, se dejaba ver poco, sobre todo después de la herencia que recibió Raquel. El padre de Blanca se negó a dejar igual fortuna a las dos hermanas, y depositó en Sousa y su mujer todos sus bienes, otorgando a Raquel tan sólo unos bonos sin reajuste, que al poco tiempo se volvieron papeles.

Cuando Raquel enviudó, intentaron mejorar su situación y acercarla a la familia. Blanca le compró la casa en que vivía, pero esto no bastó. Al poco tiempo tuvo que comprársela otra vez. Siempre la ven-

---

día. Eran muchos los gatos y tantos los conocidos que se hacía difícil volver atrás.

Angelino en una ocasión la vio. Fue al salir del colegio cuando sintió una voz extraña que emergía de un sitio eriazo:

— ¡Angelino!

El niño se detuvo, presintiendo que aquel llamado ajeno le era familiar. Entre los harapos, una mano salió para acariciarlo:

— Yo soy tu tía Raquel.

El niño rápidamente miró en todas direcciones para asegurarse de que no había sido visto por sus compañeros y, sin decir nada, se dejó besar. Ella, desde la más grande lejanía, le sonrió, y era difícil para el niño reconocer a la irreverente Raquel de las historias que hacían vibrar a su madre. Angelino buscó su billetera y sacando todo lo que esta contenía, se lo dio. Ella lo volvió a besar y desapareció.

De regreso a su casa, un rencor y unas lágrimas lo atormentaban. Sabía que la limosna nada repara en un ser fuera de la ley. Pudo llevar el secreto hasta la pieza de su madre, pero no, prefirió traicionar allí mismo esa situación incómoda que sus cortos años no le permitían aceptar, y contó entre risas, como en broma, el encuentro, haciendo reír a su padre. No olvidó Angelino la mirada de su madre, ni dejó de vomitar las veces que sintió avidez por algunos objetos que Raquel guardaba desde los tiempos de su juventud, y que vendió a su sobrino en precios irrisorios. Un tintero y una balanza que habían pertenecido a sus abuelos y que ella sacó a tirones de una caja que guardaba bajo la cama. Angelino le compró todos los testimonios de un gran pasado, para despojarla de la posibilidad de probar entre gente humilde su origen. Raquel vendió todo, incluso varias veces su casa, pero aquellos objetos de tradición los devolvió por poco precio a través de las manos de su sobrino.

Raquel, la noche de la fuga, sabía que su decisión era irrevocable. Todo lo que de allí en adelante se ofreció a sus ojos tuvo para ella el alto precio que la realidad cobra a sus concedores cuando estos la abarcan más allá del límite que deben.

La vida de Raquel como la de su hermana Blanca estaba perfectamente delimitada. Blanca acató esos límites y dentro de ellos intentó el amor y la felicidad. Raquel rompió los márgenes y la experiencia le costó cara. Fue presa de esa inestabilidad que acompaña al que comparte varias realidades simultáneas. Acontece con el recorrido de los

---

microbuses que se transforman a medida que cruzan los diferentes barrios.

Cardillo muy luego dejó de ser para ella el raptor de Gilda. Aun cuando su desubicación social le aseguró una inestabilidad vitalicia, ella apreció en aquel músico modesto los recursos de que siempre se valió para afrontar la vida. Si por la mañana el frío se adentraba por las rendijas de la ventana y la lluvia aislaba a la pareja, Cardillo hacía para Raquel todo tipo de imitaciones que convertían el cuarto en una fiesta. Como hacen los artistas, transformaba el modesto mobiliario en suntuosas residencias y valiéndose de una toalla o de una vieja maleta, representaba los papeles más increíbles. Ella, que siempre acostumbró a concentrar en su persona la atención de los demás, aprendió a escuchar y valorar las pantomimas ajenas. Cardillo no sólo entretenía a la prisionera, sino que le cocinaba. Era maestro en dos o tres platos italianos. Cuando el dinero faltó, buscó trabajo en una emisora de radio y animó un programa titulado «La melodía en casa». Todo el material lo sacaba de recortes de diarios y revistas que encontró en un viejo álbum. A pesar de que vivían alejados del pueblo, entre dos potreros que se apartaban junto a una media docena de casas y un farol, Cardillo quiso tener allí su piano. A horcajadas en una carreta lechera, hizo traer el piano de cola de Raquel. Desde lejos aquel espectáculo parecía un entierro. Instalado en el cuarto con piso de tierra, Cardillo lo probaba deslizándolo con destreza sus manos sobre el teclado y aseguraba:

— Este piano no se vende, este piano se muere conmigo.

Esta frase la repetía aun cuando el instrumento siempre estuvo a la venta. Había sido enviado por un gran intérprete polaco para la madre de Raquel y llevaba la solemne firma junto al clavijero, sobre el cual en más de una ocasión se guardó la ropa de cama. A la muerte de Cardillo se llevó a remate, y ella esperó a que una fila interminable de posibles compradores se deslizaran por el teclado para probarlo. Ninguno lo hacía como el autor de «La melodía en casa». Tenía Cardillo el encanto de las personas que tocan un instrumento sin las pretensiones de un intérprete. Y Raquel en aquellas noches solitarias con papeles y cartones en las ventanas, se arrimaba a su marido y cantaba para él melodías perdidas entre cerro y cerro sobre el trumao, bien acá de la cordillera de la Costa, donde el caminillo estrecho que guía dos potreros se ensancha y el lugar permite un poblado miserable. El gusto que sentían al cantar a noche perdida lo amenizaban con un vino de mala

---

calidad y antes de que los vidrios se impregnaran de escarcha, buscaban a tientas el lecho y el amor.

Raquel conoció la alegría.

El piano se fue desafinando como todo lo que viene de la sociedad y permanece alejado de ella. Cardillo, cuando hubo terminado con «La melodía en casa», obligó a Raquel a plantear al señor Sousa el asunto de la injusta herencia recibida en bonos sin valor. Raquel escribió a Blanca y como es de suponer, no obtuvo respuesta. Entonces intentó aquel desgraciado negocio de «la leche instantánea», que obligó al señor Sousa a desembolsar un dinero a su cuñada, dinero que Cardillo perdió. De ahí que las pocas veces que Raquel almorzó en Villacler (no sin antes haber sido obligada por su hermana a tomar un prolongado baño de tina), el señor Sousa, refiriéndose a Cardillo, le hacía aquel chiste de pésimo gusto:

— ¿Y qué tal el músico, siempre do re mi fa?

Al repetir esas notas, ocupaba los dedos en un acto de rapiña. Raquel se sentía obligada a celebrar la broma, pero sus pensamientos y su corazón acudían junto al viejo Cardillo, que abajo en el parque la aguardaba, apretando un cartucho de barquillos y apartando uno, tal vez dos, para ella. Ambos con guantes de lana rotos en los dedos volvían a Limache, dibujando en el vidrio del tren, y admirando todo lo que les habían regalado: cajas de polvo vacías, calcetas de todos tamaños, viejas ropas, chucherías. El señor Sousa, en tanto, se recostaba en su cómodo sillón frente a la chimenea, y narraba aquel cuento sobre Raquel y Cardillo que tanta hilaridad le causaba:

— Raquel se enamoró de Cardillo el primer día que lo vio, y antes de abrirle la reja del jardín, le preguntó a quemarropa: ¿te quieres casar conmigo?

Y el señor Sousa estaba en lo cierto. Alguien se lo había contado y así efectivamente sucedió. Raquel quiso personalmente recibir a su nuevo profesor, y para exteriorizarle su gratitud, le propuso matrimonio. La reja permanecía cerrada y la pareja, tomada de las manos.

— «La leche instantánea», «La melodía en casa»; hizo bien tu padre en dejarle esos bonos a tu hermana.

Si bien Cardillo no dilapidó el dinero a manos llenas, lo hizo con las migas de pan que cuidadosamente juntaba para lanzarlas a los gorriones del camino.

---

Ésta fue la infancia de Blanca Diana, inmortalizada por este par de mendigos voluntarios, que llenaron sus días de imágenes insólitas e historias descabelladas.

El «papacha» trató en vano de sacar a Blanca de su desinterés, y ni siquiera ofreciéndole una tienda entera de juguetes lo consiguió. Todo le parecía demasiado, nunca exigió nada ni hizo pesar su historia. Devota de la Virgen, para la que guardó lealtad siempre, venerando una estatuilla de plomo de la Milagrosa de los Rayos, sobre el velador. A ella encomendó el alma de Angelino sin el menor resentimiento, y cuando murió Blanca, me hice un deber en depositar dicha estatuilla sobre su pecho. Ahí en la cripta de los Sousa, todo aquello permanece a muchos metros bajo tierra, frente al mar.

La única vez que Blanca, siendo niña, rompió el orden de su vida, fue cuando escribió a aquella gran cantante de ópera, que viajaba en el *Orbita* con destino a Valparaíso, para la temporada del teatro Victoria. Blanca había encontrado en el álbum de divas de su hermana el retrato de esta gran artista, y junto a su «papacha», planeó toda una estrategia para conocerla. El padre le sugirió que le escribiera a uno de los puertos en que el barco hacía escala, y así lo hizo. Éste fue el único secreto entre Blanca y su padre, y él, al sentir que un capricho animaba a su hija, quiso satisfacerla. Dejó que la niña enviara una cartita, pero él a su vez telegrafió a la compañía y pidió hablar personalmente con la cantante. A los pocos días, Blanca recibió una carta de puño y letra de la diva. La firma que aparecía al pie de la tarjeta era idéntica a la que cruzaba el retrato que estaba pegado al álbum. La conmoción fue grande y despertó la codicia de Raquel, quien ofreció cuanto poseía por conseguir aquel trofeo. En la tarjeta se leía: «Querida amiguita, en cuanto el *Orbita* atraque en Valparaíso iré a verla a su casa.»

Los días se hicieron largos, y el del arribo, Blanca y su padre salieron temprano a una florería para comprarla íntegra y vestir de claveles la casa. Blanca escogió un ramo de camelias y las llevaba muy apretadas contra el pecho, en tanto su «papacha», apoyado en el bastón de caña y con el tongo ladeado sobre una oreja, tarareaba una canción. Al llegar a casa, Raquel y su madre salieron desconsoladas:

— ¡Lamentó tanto no encontrarte!

La cantante había llegado en cuanto ellos salieron.

Blanca subió hasta su cuarto y se dejó caer inerte sobre la cama. Por la escala quedaron las camelias esparcidas como flores servidas de un carnaval.

---

Éste fue el único capricho de Blanca en su niñez. Porque su infancia fue la historia de Raquel.

## 2. ANGELINO

En realidad ese último viaje a Europa que emprendieron Angelino y Blanca, se debió a los deseos del señor Sousa de apartar a la familia por un tiempo y permitirse una convivencia tranquila con su querida de turno. Éstas, que iban desde las costureras de su esposa hasta las amigas de su hijo, sabían que el señor Sousa jamás abandonaría su hogar ni dejaría de cenar en casa todos los días. Así, el señor Sousa se acostumbró a comer dos y tres veces, y a responder en tono airado cuando Blanca le rogaba que se sirviera «otro poquito». Las insistencias de Blanca desataban en su esposo violentas negativas. Parecía que Blanca se vengaba de este modo del embuste diario.

— ¿Un poquito?...

— ¡No, señora! —era la terca respuesta.

Ni siquiera el señor Sousa tuvo delicadezas para con ella durante un cumpleaños o un aniversario de matrimonio. Cuando los parientes rodeaban la mesa repleta de pasteles y tortas encendidas, el señor Sousa se excusaba levantándose repentinamente y apartaba en un gesto teatral la servilleta:

— Me olvidaba, tengo una reunión urgente en el Club Hípico.

Blanca, salvando la situación, lo besaba tiernamente en la frente para quitar toda sospecha de la mente de los invitados. Durante uno de esos aniversarios interrumpidos, Raquel le susurró a Angelino al oído:

— No debieras permitir esto. Busca a tu padre y lo traes de vuelta a la mesa. ¿No eres tú tan valiente?

Esta última frase encendió el amor propio del muchacho, quien, levantándose rojo de vergüenza, siguió a su padre a través del parque.

Saldías ya estaba haciendo girar la manivela del automóvil y dentro el señor Sousa fumaba con gran aplomo. Angelino no alcanzó a llegar a tiempo. El auto enfilaba a la puerta del patio. Entonces el joven valiéndose de un durazno bien maduro, se lo lanzó brutalmente contra el vidrio trasero. El automóvil se detuvo y a Angelino le fue imposible suspender allí esa manifestación y debió continuarla precipitándose contra la puerta del coche. Al abrirla se encontró con aquel ser impecable y

---

frío que era su padre. Éste había cambiado repentinamente ese sentimiento de culpa con que vivía por un rencor y una crueldad terribles:

— ¿Qué hay, qué te sucede?

— ¡Vuelve a la fiesta!

Sabía el señor Sousa que Angelino no se atrevería a agregar nada más. Por ello lo había tuteado: «Vuelve a la fiesta». ¡Tutear al señor Sousa! La relación padre e hijo no contaba, se abría así el diálogo de hombre a hombre. «¡Vuelve!» Ahora el señor Sousa le respondería de igual modo:

— ¿Te ha faltado algo? ¿No estás en el mejor colegio?

Estas frases respondían a la moral del señor Sousa, que no iba más allá del no robar.

El muchacho retrocedió y volvió lentamente al hogar.

Saldías bajó del auto para cerrar la puerta. Aun cuando un grueso vidrio biselado aislaba al chofer, éste no sólo lo escuchó todo, sino que le fue imposible tomar partido.

Quando las relaciones entre los esposos Sousa se complicaban, Blanca Diana tomaba la iniciativa de viajar. Esta decisión llenaba de melancolía al señor Sousa, quien viéndose libre de la vigilancia cotidiana, se aburría con sus amantes y comenzaba a insistir a su esposa, por medio de una empalagosa correspondencia, que regresara, que la amaba, que no podía vivir sin ella. Las aventuras se llaman amor para los seres bien instalados y que lo tienen todo. Prefieren un beso mal dado en el lugar más insólito, que una amante establecida durmiendo en la cama de la esposa ausente y con su camisón de noche. Este juego era recíproco, ya que Blanca prefería dudar del señor Sousa que echarlo de menos.

Una vez que ella estaba a bordo se sentía otra y empezaba a latir su corazón de manera nueva a cada sacudida que hacía el barco al desatracar del muelle. El señor Sousa se achicaba y al cabo de algún tiempo, era difícil distinguir su pañuelo blanco del de otros parientes que también decían adiós.

Esos viajes con mi madre resultaban interminables. Ella seguía en los barcos y después en los hoteles, llevando la misma vida metódica que hacía en casa. Recostada en una silla plegable, zurría sobre el puente, manteniendo con los pasajeros buenas relaciones, pero distantes. Nunca la vi gastarse una liviandad con ninguno, ni abandonar el

---

camarote de noche. En el último viaje que hicimos a Europa, no le faltaron enamorados. Se turnaron estos desde un oficial muy apuesto, pasando por el médico de a bordo, hasta llegar a un simple «vigia del fuoco», que era el más directo y simpático de todos. Manifestaba su afecto trayéndonos postres y golosinas a deshoras y tranquilizándonos ante cualquier eventualidad. Nos aseguraba que el primer bote salvavidas sería el nuestro, y que él estaría durante toda la tragedia muy cerca para socorrernos. Mi madre no se conmovía con nadie y no reemplazaba sus prácticas religiosas por ningún enamorado terrenal.

A veces pienso que si este viaje lo hubiéramos hecho con mi tía Raquel, las cosas habrían sido diferentes, incluso otro el rumbo del trasatlántico.

Tampoco se dignaba bajar en los puertos que tocábamos durante la travesía. Siempre un dolor de cabeza o un quehacer la retenían a bordo. Sospecho que lo hacía para dejarme libre. Por las noches cuando la veía incorporarse y abandonar el salón, sentía la dicha del que no es vigilado. Nunca se quedó al baile nocturno, ni conoció mis amores fugaces. Nada dijo de las altas horas a que yo me recogía, ni dejó de darme el dinero necesario para comprar recuerdos en los puertos y amores al amanecer. Sólo el domingo me exigía la misa obligatoria. Era difícil lograr el recogimiento en esa capilla de cristales, donde un capellán bien mundano se rodeaba de los músicos de la víspera para tocar y cantar a Dios. Afuera el horizonte imposible de precisar entre cielo y océano. Nos mecíamos blandamente, y a la elevación del cáliz sucedía la de la popa, que dejaba patinando en banda a la gigantesca hélice. Misa cabeceada entre violines y violonchelos trasnochados, ése era el oficio. Aun cuando debo señalar que mi digna madre y su devoción volvían las cosas de Dios a su lugar.

La temporada más larga fue el año que vivimos en París. Mi madre conocía esa ciudad muy bien y fue para mí una guía excepcional. Cuando quería enseñarme algún monumento, me pedía que cerrara los ojos y la siguiera tomado de la mano hasta enfrentar aquella belleza y abrirlos de golpe. Mi entusiasmo nunca fue muy profundo. Es ésa una ciudad que obliga al extranjero a transitarla sin tregua, admirarla por fuera y vivirla mal por dentro. Lo mejor que posee París es su cara. Porque en aquellos tiempos de mi viaje, el agua era escasa y las tuberías recorrían los cielos rasos haciendo perder su brillo a las viejas molduras.

---

Cuando entramos en París, llovía. Unos goterones sucios daban sobre los postigos cerrados de ese domingo por la mañana. El taxi cruzó frente al Louvre, y mi madre me lo enseñó. Yo lo recuerdo al revés. Siempre acontece que lo que se ve por primera vez, se ve mal ubicado. Con el tiempo los sitios ocupan el lugar común y se entienden. Pero así, una ciudad sorprendida en un domingo por la mañana es distinta. ¡Yo que había soñado con una capital grandiosa, una ópera espléndida y grandes galerías y personajes célebres en cada esquina! Difícil fue encontrar un restaurante abierto, y por lo medido de la mantequilla, los contados terrones de azúcar, y la poca leche que vertían en la taza, me di cuenta de que en Europa se come mal. Pensé en Villacler, en Recreo, y en el campero huasca en mano, nombrando al piño de vacas por su nombre, para enfilas dentro del establo y sacar los tarros de leche espumosa que después llevaban por el espeso arenal, en esas carretas con toldos de cuero y que ponían en el tren ordinario. La fruta se caía, la enfriadora de leche era un juguete de mi padre, la mantequilla una aventura para mostrar a los vecinos el papel impreso que llevaba nuestras firmas. Y aquí, en una taza sin oreja, un parroquiano untaba un ridículo pan sin ancho, en ese café con leche, y lo saboreaba durante tanto tiempo.

Mi madre quería sentirse sola, mi padre también, y yo volver. Por la noche abrí las puertas de mi balcón que daban sobre el Palais-Royal, y grité:

— ¡No soy feliz! ¡No soy feliz!

Esta frase hizo reír a mi madre, quien la transmitió por carta y fue la anécdota de sus amigos y parientes. Como ella era muy tímida, mi padre, hablando de nuestro último viaje, solía imitarme de pie frente a los techos de París, y lloriquear así:

— ¡No soy feliz! ¡No soy feliz!

La malicia de los señores y señoras cerraba esas frases con unas carcajadas suaves al comienzo y luego enervantes y contagiosas.

Mi madre prefirió cambiar de hotel, y así dejamos el del Palais-Royal, para retroceder una cuadra e instalarnos en uno de la calle Richelieu, bien cerca de la Comedia Francesa, casi al llegar a la esquina de la calle Molière. El departamento que ocupábamos tenía dos balcones a la calle y varios dormitorios. Estaba en un quinto piso y su vista eran las ventanas de enfrente y esa cantidad de rejas y chimeneas que

---

se ven sobre los techos. Prefiero recordar los días en que habitamos en el del Palais-Royal. Allí pasé mi primera noche y antes de bajar al comedor, le expresé a mi madre deseos de dar una vuelta. Salí, anochece. Crucé las arcadas y me ubiqué junto al arco del Carrousel, desde ahí se insinuaba como una masa oscura el palacio. No había nadie. Sólo un vendedor de castañas asadas que pasó muy cerca con su carrito de latón. Compré un cartucho, me quemaba las manos. La noche me obligó a volver al hotel. Al día siguiente las lluvias fueron derribando las hojas muertas y aguadas del otoño, y yo, ansioso, traté de alcanzar la iglesia de Nôtre Dame sin conseguirlo. Llovía y la catedral me parecía cercana, siendo cada vez más difícil llegar hasta sus puertas. Regresé destilando. Al día subsiguiente, la ciudad amaneció nublada para siempre. El sol se dejaría ver tan sólo como una esfera incolora, que cruzaría el firmamento sin alterar en nada ese invierno. Las fachadas tristes, las calles conocidas, tenían mi identidad. Es como lo que sucede con el ser amado a cuyo rostro vuelan a colocarse nuestras facciones. Esta ciudad con mi identidad, transitada antaño en la totalidad de mis sueños, se mostraba ahora reticente conmigo. Tenían sus puertas y ventanas, sus muros y templos más personalidad que la de los transeúntes de turno que ocupaban sus días respetando, admirando o fotografiando aquello. A las tres de la tarde, todo gris y blanco con verde muerto y ramas, la gente laborando muy adentro con luz encendida en pleno día y yo deambulando, haciendo sonar la estridente campanilla de los anticuarios y galerías de arte.

Mi madre me insinuó que tomara algunas clases de francés o bien de pintura, para lo que ella tenía muchas condiciones. Crucé el Sena y me matriculé en un curso libre de pintura en la Escuela de Bellas Artes. Mi diversión consistió en observar a los alumnos de todas las razas tratando de alcanzar esas famas de libro de bolsillo que he visto en las novelas e incluso hoy llevadas al cinematógrafo. Nunca he tenido talento para la pintura. No estaba ahí mi destino, así es que esas clases sólo las continuaba para satisfacer a mi madre, quien terminó por pedirme le prestara mis útiles e intentó paisajear con ellos. Incluso realizó un retrato de la dueña del hotel y otro de la conserje que no estuvieron mal. Yo, no distinguiendo bien al maestro del *massier*, me largué a la calle en cuanto pude. No conocía a nadie y el interés lo puse en las colecciones fabulosas del arte egipcio, griego y medieval que se exhibían en las vitrinas. Como me recibían de mala gana, debido tal vez a mis cortos años y a una larga bufanda negra que me llegaba hasta los

---

tobillos, mentí argumentando que yo era un sudamericano hijo de un coleccionista muy rico que buscaba para él, antigüedades con certificado. Así jugaba al gran señor con aquellos entendidos que amaban tanto su preciosa mercancía que les resultaba penoso deshacerse de ella. Entre embustes fui haciéndome conoecedor, y ellos, cuando adivinaron que sólo me movía el gusto por aquellas cosas, me aceptaron y enseñaron. Tuve así una gran cantidad de amigos.

En uno de esos anticuarios conocí a Thérèse. Era una jovencita de dieciocho años con dos chapecitos y cuatro cintas, que dejó Burdeos para venir a París. Pretextó estudiar alta costura y sus padres consintieron, porque tenía un hermano aquí en la Escuela Politécnica. Pero Thérèse no se avenía con él y sólo en contadas ocasiones se vieron. Una vez llegada se enamoró a Adrien, un alumno de arquitectura que suspendió sus estudios a causa de un accidente y vivía de cobrar una pensión al Estado. Arrendaron un cuarto en el Barrio Latino. Thérèse se desempeñaba como secretaria de madame Lenoir en La Flor de Lys, un anticuario muy revuelto que había tenido su esplendor en tiempos del esposo de madame y que desde hacía años se mantenía con todo tipo de despojos. Mientras Thérèse trabajaba duro en limpiar bronce y marfiles, presentar las vitrinas, Adrien permanecía en casa rodeado de una cantidad de amigos de ella, que terminaron por ser sus amantes. Incluso Thérèse debía preocuparse de comprar la comida después del trabajo y a veces necesitó robar las frutas y verduras porque no les alcanzaba. En más de una ocasión me topé con Adrien, bastón en mano, del brazo de alguna amiga de Thérèse bajo las arcadas de la calle de Rivoli.

Cuando ella me invitó a cenar, Adrien para demostrarme afecto, quitó la puerta de su pieza y la colocó de mesa sobre dos caballetes. Allí esparció cuanta verdura y rastrojo consiguió traer Thérèse. La escala que comunicaba con aquel aposento era tortuosa y la casa se había inclinado hacia la calle, siendo apuntalada por una descomunal estaca. Al terminar la cena, Thérèse se ofreció para acompañarme hasta la puerta, y Adrien en un gesto de celos y al mismo tiempo de culpa, se precipitó sobre la baranda y blandió el bastón gritando en tanto nosotros bajábamos tomados de las manos.

Así nació mi amor por Thérèse. Caminando a lo largo de París con todas las ventanas y puertas en contra, buscando un rincón para besarnos. El amor cambió el orden de las cosas. Comencé a vivir de noche y a dormir por las mañanas. Mi madre se inquietó por el intenso frío que nos cubrió durante ese invierno. Como no teníamos un lugar y

---

yo no me atrevía a llevar a esa mujer ajena al hotel, ni tampoco presentarme en casa de Adrien, la solución estaba en las plazas y en los cafés. El viento helado me calaba las orejas y la nieve blanda cubría todas las calles y rebordes de las fachadas. Las fuentes se congelaron y al león que había en la esquina de la calle Molière le salía por la boca un chorro de hielo hasta la superficie. Había cañerías que se reventaban y el agua antes de caer formaba figuras en contacto con el aire.

Al cabo de algunas semanas, Adrien le propuso a Thérèse separarse por algún tiempo para resolver el amor que se tenían. Ella se quedó con el departamento, adonde yo acudí a diario. Teníamos una modesta estufa a petróleo y yo debía hacer interminables colas frente a los almacenes para procurarme una botella. En aquella pieza irregular que terminaba en un cielo raso que se juntaba en un extremo con el piso, conocí el amor. Éste duró hasta la época de los deshielos, cuando la nieve resbalaba sobre los techos. Era Thérèse pequeña y desde el primer momento nos unió una afinidad completa. Antes de entrar en contacto con ella, sentía yo el placer y una vez enlazados me resultaba imposible dejarla. Empecé a quedarme por las noches y a no levantarme durante el día. Mi madre me buscó entonces y dio con mi paradero. Yo le prometí que volvería, ella no quiso conocer a Thérèse y aceptó mi palabra.

La convivencia entre nosotros nunca más la olvidaré. Estaba hecha de los más vulgares detalles comunes a toda pareja feliz. Nos amábamos y las palabras sobraban. No teníamos nada y vivíamos así con toda la ternura a nuestra disposición. Me hubiera gustado fotografiar los rincones que mirábamos cuando estábamos juntos, el recodo de la escala, la verja del jardín, cualquier lugar de aquella casona. Sólo ella nos acogió y fueron testigos de nuestra pasión sus muros, sus postigos, la monumental estaca que nos apuntalaba por fuera. Incluso la economía anduvo mejor y Thérèse pudo evitarse la molestia de rastrojear verduras de los puestos ambulantes. Mis ahorros nos sirvieron un tiempo. Vendí además una estatuilla egipcia policromada y aun cuando no me dieron lo que pagué por ella, recuperé buena parte del valor.

Con la aparición de las flores, Thérèse sintió aquellos síntomas que hicieron más difíciles las cosas. Estaba encinta, había que tomar un acuerdo. Por esos días regresó Adrien y me obligó a volver al hotel de la calle Richelieu.

Adrien resolvió asumir el delicado asunto del aborto de nuestro

---

hijo. Yo no me atrevía a revelar nada a mi madre y perdí ante Thérèse todo lo que para ella significaba. Caminábamos por los arrabales buscando una dirección dudosa, Adrien y ella adelante muy unidos y yo atrás sintiendo que mi actitud comedida e inútil no ayudaba en nada a la pareja. El día señalado, Adrien no me dejó acompañarlos y paseé por las calles sin rumbo. Había riesgo y el cielo estaba nublado. El último recuerdo que tuve de Thérèse fue cuando al subirse al autobús me miró. Yo estaba lejos. Ella decidía. En eso habían ido a parar el amor y la ternura. No me atreví a sacar a relucir mis viejos preceptos de creyente. Esa moralidad no hablaba por mi boca, ella disponía de una vida independiente, pero muy adentro de su cuerpo. Era tan dueña. Adrien tomaba el problema como propio, pero también pagaba así el precio de su libertad.

Esa noche en el hotel no pude alcanzar la cama y me caí. Mi madre, viéndome en aquel estado deplorable, resolvió abandonar Francia e iniciar nuestro viaje a Italia. Partimos al atardecer y atravesamos Suiza de noche con luna sobre ese lago. Al amanecer estábamos en Italia y al mediodía en Venecia.

Intenté llamar por teléfono a la tienda para preguntar por ella. A mi regreso a París, una tarde que llevaba unos iconos griegos de vuelta a un anticuario, una mujer me llamó desde las sombras de la Comedia Francesa. Al principio no la reconocí. Estaba con amigas. Era Thérèse. Había cubierto su cara de una pasta espesa y blanca, destacándose en ella los ojos rodeados de sueño y desorden. Me acerqué y le di la mano. Su voz quebrada era distante. Me sonrió con afecto tras esa máscara blanca. Recuerdo algo parecido en esas muñecas siniestras de Japón. No se permitía ni siquiera los recuerdos. Sólo los ojos daban cuenta de nuestra historia. Miré entonces el reloj, eran las siete de la tarde. Encendían los faroles y un auto cruzó veloz hacia el Sena. Entonces fijé ese momento como tortura y detuve esa ciudad en esa hora y ese día. Reconocía la culpa y esperaba la voz de Dios. No como Caín oculto tras una mata. No temía tanto aquella voz atronadora, sino a que Thérèse diera un paso siquiera. Si el tiempo continuó, fue otro y si ella se deslizó por el mundo, lo hizo por uno que ya le pertenecía enteramente. El nuestro había llegado hasta las siete de la tarde que fijaba el reloj de la torre de la iglesia. La máscara blanca fue lo que me obligó a recordar como su última cara, y aquellos versos de la Bérénice de Racine, como sus últimas palabras:

– Adiós, señor, por última vez, adiós.

Había nacido la mestiza, hija de un belitre del Santo Oficio, y por los incidentes que voy a narrar más adelante, su vida se descompaginó como mazo de cartas que sorpresivamente se le saltan a alguno de las manos: vi de vuelta al gobernador Zapiola en su cabalgadura. Tenía el dolor batiéndole el alma. ¡Por tan leve asunto resolvió dejarla! Ella la mestiza esclava había guardado por Zapiola antiguas costumbres y significaba esta actitud la sola estabilidad del mandatario en este mundo de ventisca y cambio. Cuando ella le rogó que no adelantara en la penumbra de la sala, Zapiola desoyendo la orden, recorrió de un manotazo la cortina y la encontró calva, sin pelo, horrorizada. Entre llantos le mostró los restos de su cabellera. El sol los exponía al viento y desordenados se esparcían por la estancia.

— ¡Pareces una niña!

La prefería madura con la nuca abultada por el moño, deslizándose amplia la línea que unía los extremos de la nariz maravillosa y el mentón preciso. Ahora rabona con ese flequillo sobre los ojos no se comunicaban las líneas de su cara con nada:

— ¡Ponte un pañuelo y no salgas en dos meses!

— Nunca me decidía, el pelo estaba enfermo, había que hacerlo.

Zapiola subió con dificultad al pingo y distribuyó más azotes que los de costumbre. La tarde traía a relieve las figuras que uno imagina de los cerros. Una que otra rama le resbalaba por el rostro. Al doblar la cuesta del Membri- llo, hundió los espolines y fue tan veloz el salto que las lágrimas del goberna- dor enamorado antes de salir de los ojos ya estaban en el viento. ¡Hija de perra, sin consideraciones para con nadie! «Nunca me decidía, el pelo estaba enfer- mo, había que hacerlo.» ¡Cabeza de muchacho pedigüeño de las plazas, perdido de las ferias!

Por esto los ángeles custodios dieron varias muertes a elección a la des- dichada. Unos la encontraron desvanecida acodada a la ventana, mirando sin vida su llegada; otros, en un desparramo de ropa limpia y hubo incluso quie- nes la descubrieron aferrada a la baranda.

Era natural encontrarla muerta en todas partes.

Zapiola en realidad la dejó por recados que le enviaron desde la corte:

— ¿Qué tenemos hoy en la carpeta?

La casaca de Zapiola se acomodaba al día, confundiéndose los tonos su- cios del cielo y ese celeste de terciopelo raído en cuyas bocamangas se desfloca- ban las múltiples pasamanerías y encajes.

---

### 3. EL SEÑOR SOUSA

El verano había terminado y el señor Sousa permanecía meditabundo en aquel balneario solitario. El desparramo de mesas y sillas, los papeles y basuras indicaban que los veraneantes no regresarían. Desórdenes similares se ven en las salas de clase al toque de la última campana. La terraza embaldosada de verde esmeralda, sucia de arena, se desplazaba bien adentro en el mar, oponiendo a la bruma de aquella tarde esa baranda de fierro a través de la cual se colarían las olas que lo empañarían todo. Parecía que el mar avanzaba sobre ese último día de verano y el señor Sousa, solo, apoyado sobre el mango de su bastón, no sabía cuál de todas estas superficies le devolvería sus tristes meditaciones; si la terraza, la playa o el mar borroneado en su horizonte. Los papeles y desperdicios rodaron veloces y un remolino los cogió haciéndolos desaparecer. El señor Sousa se levantó el cuello del abrigo y no pudo dejar aquel lugar. Se halló sorprendido entre dos tiempos. Si bien su vida se enfrentaba hoy y sólo hoy con una especie de remordimiento, no por ello no se sentía satisfecho de haber hecho siempre lo que quiso. Estaba a medias acobardado, a medias arrepentido, a medias vivo. Sólo el tiempo, la enfermedad y la muerte lo vencerían, y ante este espectáculo de verano terminado, se encontró viejo y no pudo incorporarse y salir.

La silueta de un mozo se divisaba tras el vidrio de la cocina. Una débil ampolleta iluminaba el interior. La llovizna se precipitó entonces sobre la terraza y la fue cubriendo lentamente. El señor Sousa cruzó sus enguantadas manos. Las monumentales olas no respetaban ya a la barandilla y se levantaban verticales muy arriba para desplomarse rotundas sobre la superficie del piso, deslizándose ansiosas como buscando algo. Había a lo largo de la playa pájaros moribundos y tras la niebla persistente, grandes acantilados que dejaban sus fauces abiertas a la llovizna y al vuelo errante de las gaviotas. El señor Sousa no se movió. Al llegar la noche encendieron en el puerto ese ribete de luces y el mozo, provisto de un paraguas, salió para socorrerlo. Atravesó la terraza y lo zamarreó fuerte por los hombros:

— Señor, ya es muy tarde...

— Lo sé, lo sé — fue la dolida respuesta.

— Vamos a cerrar... es hora.

Y el señor Sousa tomándose del brazo del garzón, lo siguió mientras este lo cubría con su paraguas.

---

Durante el breve lapso en que el señor Sousa amó a su esposa, le fue fiel y servicial. El amor facilita el buen comportamiento para con el ser amado y alcanza incluso a los que rodean la pareja. Al principio, el señor Sousa siempre estuvo dispuesto a llevar a Blanca a todas partes y adivinar sus más extravagantes deseos. Invertía horas en buscar regalos preciosos para halagarla. Ella entonces se enamoró no de aquel galán que cumplía con las convenciones vulgares del amor, sino del verdadero Sousa, ese hombre sin miramientos para con nadie, egoísta y fuerte, que usó de la misma violencia con que maltrataba al mundo para con ella, cuando ésta se le atravesó en su camino. El señor Sousa no sabía de este noble sentimiento. Su puerilidad le impedía asumir a las personas, y cuando un compromiso lo ataba, buscaba desesperado la manera de sentirse libre otra vez.

Blanca Diana, con su conducta ejemplar, diseñó para el señor Sousa una culpa vitalicia. La virtud de su mujer lo vistió a él de mala calidad, y el pobre vivió sintiéndose perverso. Ella, es cierto, casi no tenía defectos, y desde ese lugar privilegiado presionaba moralmente a su esposo.

No podemos culpar a un gordo de que coma el doble a la mesa que un flaco, no podemos culpar a un gato de que salga de noche, no podemos hacer rezar a un vivo, no podemos.

Ella, cuando se sintió abandonada, tomó como armas la resignación y el silencio. El señor Sousa debía entonces desenrollar a diario la mentira en su presencia. Tal vez Blanca adquirió con el tiempo el buen humor, y se divirtió cuando su esposo justificaba sus atrasos, explicando el complicado juego del golf en compañía de sus fantasmales amigos. Ponía el acento en narrar lo acontecido junto al hoyo número veinte, y las dificultades y contratiempos para hacer caer en él la diminuta pelota. Como el silencio de Blanca no contribuía a sostener el embuste, el señor Sousa las emprendía con los relojes de la casa y se colgaba de los péndulos del Grandfather o le pasaba los dedos al polvo acumulado en un mueble, o lanzaba los guantes y el sombrero sobre la cama para pedir a gritos la comida y hacer buscar a Saldías la bola forrada en badana y golpearla sin tregua contra el gong.

Las rabetas del señor Sousa eran contra su propia vida. No entendía que Blanca lo amara, y al mismo tiempo le exigía que no suspendiera esa pasión a perpetuidad de la cual él vivía y estaba tan acostumbrado.

---

Nadie había visto llorar al señor Sousa. Parece que esto le ocurría sólo cuando sentía pena de su persona. Ni siquiera le sucedió a la muerte de Angelino. Personalmente estuvo preocupado de los funerales. Amaba el orden y la organización. Tomaba cualquier diligencia y la llevaba con meticulosidad a feliz término, ya se tratara de una recomendación, un paño para un terno o el entierro de su único hijo. Ese día estuvo atendiendo a las visitas y el teléfono. Lo contestaba con entera sangre fría. Se preocupó de escoger la mejor corbata de luto, el mejor sombrero y probarse su perla mil veces. Encabezó el cortejo y durante el responso en el cementerio, se asomó curioso a la cripta para ubicar el cajón de su madre de entre los restantes. Cuando lo descubrió, dio un grito de felicidad y llamó a Saldías:

—¡Saldías, ven a ver, mira cómo está mi madre, si ya no queda nada!

El sacerdote y los deudos suspendieron por unos segundos la oración fúnebre y miraron al señor Sousa de reojo, que inclinado sobre la tumba le hacía señas al mayordomo para mostrarle su original descubrimiento.

Después del entierro estuvo dedicado a responder las tarjetas de condolencia. Nunca el señor Sousa se mostró tan atareado, y jamás su hijo le dio tanta alegría. Sin embargo, después de la muerte de Angelino, el señor Sousa perdió a Blanca. Su original manera de ser ya no la conmovió y los años, tan ingratos para con el encanto personal, hicieron repetirse al señor Sousa y hacerse insoportable incluso a los que más lo querían. Ni siquiera pudo ofrecer a Blanca un ramo de flores, porque una vez que lo intentó, ella no se las recibió, sospechando que eran flores con otro destino. Sus chistes se volvieron huecos, y aunque se esforzó en hacer reír a sus amigos con las conocidas anécdotas de su vida, no lo consiguió. Mucha gente le quitó el saludo y él, que acostumbraba a no cubrirse de tanto que lo hacían, se detenía a llorar de pie en las aceras. Entonces se acordó del Dios padre de los hombres y se le rindió. Tarde, pero no del todo. La vejez le anunciaba al señor Sousa el fin. En el cielo de Blanca y de Angelino no podría recordar sus comienzos. Éstos estaban borrados tanto allí como en el tiempo. No debemos justificar nada con lo que nos correspondió como niñez, ni con los padres que nos hicieron. Pero en algo influyen éstos y esos comienzos.

La madre del señor Sousa había sido una puritana bastante poco

---

inteligente, que siguió a su esposo hasta un viejo molino de San Carlos. Bajo aquellas aspas, ella le dio seis hijos y él, una viudez precoz. El padre murió una mañana mientras se afeitaba. Narraba el señor Sousa que lo encontró de espaldas muerto, con una espesa barba de jabón. El resto fue un largo andén, y él de la mano de su madre en su trajecito marinero.

Cuando el señor Sousa conoció a Blanca, primero se enamoró de Raquel, y ésta, adivinando la calaña de galán que era, lo despreció. Así Sousa se fijó en la hermana menor. La llevó de la iglesia en un coche con todo el frente curvo y de cristal, y a la luna de miel, en una goleta movediza que dejaba entrar una ola entera por la escotilla.

Después del nacimiento de Angelino, se dedicó a viajar y no volver, pretextando interesarse por completar sus colecciones de cuadros en las galerías de Europa. Allí, envuelto en una bandera, cantaba la canción nacional a los pintores en sus talleres. Compró la más fabulosa colección de falsificaciones, papeles barnizados y pastiches que uno pueda imaginar.

Si es que Blanca no enferma, el señor Sousa no vuelve.

La doble vida del señor Sousa llegó a dividirlo a él en dos partes iguales. Si en los primeros años sus aventuras estaban en desigualdad frente a la estabilidad de su hogar y a los principios de Blanca, con los años ésta fue perdiendo esa prioridad y nivelándose con las casas ocultas y las exigencias de esas amantes. Como pararse con un pie en cada tramo de un balancín y fijarlo a nivel. Esta situación de equilibrio entre el mundo que se atrevía a exhibir y aquel otro clandestino, hizo creer al señor Sousa que lo poseía todo. Pero como sucede en ese juego en que dos partes tiran de una cuerda para atraerse a la otra, el señor Sousa no pudo, llegado el momento, armonizarlos. Para escapar de ambas, se refugiaba en su pinacoteca y allí resolvía, o más bien aguardaba, a que todo volviera a la normalidad.

El dinero le ayudaba a solucionar los problemas en el lado oculto de su vida. Compraba a diario el derecho de volver a su propio hogar. Al dejar el burdel o las casas de sus queridas, sabía Sousa que las liberaba de su presencia, otorgándoles las facilidades para que lo engañaran a su vez. Era la compensación que éstas sentían al verse excluidas de la intensa vida social que tanto él como Blanca llevaban.

No sabía Sousa qué sentimiento era más legítimo en él: si los celos que estas putas le despertaban por la noche o la piedad que sentía

---

por ellas al no poder presentarlas en sociedad. Se lo llevaba comparando a Blanca con sus amantes, y tratando en vano de igualarlas. Resultaba difícil, y debió aceptar que las clases y sus costumbres son una fatalidad. No es que estas mujeres sean menos que aquéllas, son diferentes, pensaba, eso es todo, y tal vez estaba en lo cierto. La sinceridad en uno y otro caso era con respecto a diferentes experiencias, en relación con distintos enfoques de la realidad. No cumplían ambas clases de mujeres con las mismas reglas, ni consideraban la lealtad en relación con los mismos principios. El señor Sousa sabía muy bien todo lo que le correspondía como deber ante Blanca y su mundo, pero el otro le era tan desconocido y atrayente que le apasionaba descubrir de él sus obligaciones. A su vez sus amantes lo requerían porque nada le podían exigir. Con hombres de su propia condición mantenían ellas aquel intrincado diálogo que Sousa sostenía con Blanca. Muchas veces el señor Sousa retuvo en la cama a alguna de sus queridas, para que le contara sus problemas, o él le planteaba los suyos y así percibir la distancia que los separaba y la imposibilidad del amor. Si alguna vez creyó estar enamorado, este sentimiento se lo inventó e hizo bien. Así evitó sufrir llegado el momento de la ruptura. Ninguna de estas amantes lo acompañó cuando él les suspendió la cuota mensual.

Sin saberlo, Blanca se benefició de todo esto, porque el señor Sousa aprendió a liberarse sexualmente junto a las rameras y a tomar a su mujer como a una de ellas, obligándola a dejar de lado los ritos del pudor.

Cuando pagaba afuera, en el fondo nada daba él a esas mujeres sanas y desposeídas sólo de dinero artificial. Sabían comer, conocer a una mala persona, amar y gozar con verdadera sinceridad de los limitados y precarios placeres de este mundo. Rehuían los goces culturales y las fastuosidades. Si tenían alguna vanidad era la lícita, la necesaria para hacerse apetecibles. El señor Sousa trató en vano de pulir a estas damas que se limpiaban los oídos revolcándose un palo de fósforo en presencia del resto, o que trataban sus cuerpos con una consideración exagerada. No sabían vestir, ni estaban sus ojos acostumbrados a rechazar las estridencias. Un sentimentalismo perfumaba sus ambientes y sembraban de bibelots y muñecos de mal gusto los sillones, repisas y camas. Y entre ese atochamiento de recuerdos, ellas sólo ocupaban un lugar más, siendo a los ojos del señor Sousa el más enternecedor de todos. La pena, la tristeza, estaban proscritas entre esa gente, y cuando el señor Sousa las llevaba en la cara, lo obligaban a dejarlas de lado. También le explicaron

---

que allí se trataba de gozar cada uno por su cuenta, y la primera regla que circulaba en el ambiente era la de «piensa por ti». Lo único que el señor Sousa nunca aceptó fue la falsía y cómo el embuste era la moneda más usual. Allí se mentía con descaro, y luego se amenazaba como para quitar toda sospecha. El engaño era la salida, y el señor Sousa lo tomó por costumbre. Aplicó aquellas asperezas en su casa y entre sus amigos se hizo el hombre fuerte. Ellas a su vez imitaban a Blanca, haciendo mofa de sus modales que en el fondo envidiaban. En más de una ocasión, encontró Blanca la fotografía de su esposo en el velador de su costurera, y éstas tuvieron que disimular e ignorarlo cuando lo vieron del brazo de Blanca en la calle. También el señor Sousa pagó su pecado siendo atendido de vez en cuando por el médico de la familia, quien después de recetar a Blanca alguna oblea, volvía a ingresar en la casa por la puerta de servicio para hacerle las vergonzosas curaciones con mercurio. Lo que sí temía Sousa eran los terremotos, momentos en los que sentía que la paciencia de Dios no era infinita y que todo ese desajuste estaba hecho para castigarlo a él. Descontrolado, mientras las columnas de Villacler se bamboleaban, se daba de golpes implorando a la tierra que se calmase. En tanto hacía votos de una mejor vida, miraba de reojo sus porcelanas chinas y los cuadros que cubrían los muros.

Tenía trescientos sesenta y cinco pares de calcetines, uno para cada día del año, lo bautizaron a la fuerza el día de su matrimonio, y antes de morir hizo traer dos juegos de manillas de ataúd para escoger. Jamás fue a misa, y al señor cura le devolvió las visitas mandándole botellas de un vino de cien años que guardaba en la bodega. Vinos que Saldías hacía desfilar por el comedor en una bandeja de plata, envueltos en telarañas.

A la muerte de Raquel, se sintió aliviado. Había sido la única que lo rechazó, y el señor Sousa se alegró de su negro destino. Con su muerte descansó de esa mujer que en el fondo sabía más valiente y más sincera que él.

El señor Sousa permaneció más de lo debido en aquella terraza abandonada al mar y a la lluvia.

El dueño de dos casas y una valiosa pinacoteca soportaba mojar-se como cardillo entre los árboles de Villacler.

Había hecho ensanchar el vestíbulo del segundo piso y rehacer el techo para instalar esa luz cenital que iluminaba las hileras de cuadros

---

antiguos. Los muros revestidos de un discreto género verde armonizaban con los zócalos y molduras de madera. Contra aquel paño resplandecían los marcos laminados en oro, encerrando mundos vastos y misteriosos que se abrían a épocas pasadas. Unas elegantes butacas seguían la línea de la sala, y después del almuerzo, el señor Sousa y sus invitados solían acudir a aquella galería particular para dar las opiniones que sabe la burguesía sobre el arte. La mayoría de aquellos cuadros del siglo dieciséis y el diecisiete eran falsificaciones muy bien realizadas. En todo caso, el conjunto resultaba imponente y Blanca y Sousa se creían poseedores de un museo.

En cambio, el dormitorio de su amante mantenía tal cantidad de perritos de loza en diferentes repisas que era difícil no distraerse.

Ambos mundos aborrecía el señor Sousa. Sabía que los objetos reciben y no devuelven, y que cuando alguien está en un apuro económico o en una enfermedad seria, son dignos del mayor desprecio. Pero con la inconsciente salud viene la codicia y el hombre se cree poseedor de lo que le rodea. Por eso, el señor Sousa, desencantado de todo, permanecía allí en ese balneario deshabitado, esperando caer de bruces contra la mesa. Esa noche no sabía dónde acudir, si a Villacler, a gritar a Saldías desde el parque, subir las escalas alfombradas, reprochar a Blanca porque aún no estaba la cena servida (cuando era él quien fijaba esa hora), soportar su abrazo diario que más le parecía lo retenía, sentir la soledad de ese parque inútil y de esas piezas y salones desocupados, o tomar una linterna y recorrer esa pinacoteca de retratos y paisajes vivos en el arte. La otra posibilidad era sorprender a su amante llena de amigas, jugando a las cartas en cama. Le darían un licor pastoso, y la vecina le pediría le mostrara las palmas de la mano para leerle un porvenir incierto con viajes e hijos desconocidos. Los parientes de aquella mantenida le harían las maromas de siempre. Sobre todo esa cabrona gorda que tenía la costumbre de subirse las polleras y mostrarle esa carne en derrumbe que de tan sobresaliente ocultaba el sexo. Entonces le rogarían que cenara con ellas. Partirían la fritanga en cuatro partes y lo llevarían al comedor con el muro de los perritos en repisa, amarrados con alambre para evitar porrazos. O la alternativa que anunciaba Saldías al golpear el gong y hacer a la familia bajar en ridícula formación hasta el comedor lóbrego, con esas matas de aspidistra, que ni las cuatro estaciones ni el tiempo harían envejecer. Se levantaría el señor Sousa de la mesa y buscaría sus loros regalones para llevarlos en las manos y depositarlos en el borde de un jarrón. Y después del comedor,

---

toda la ceremonia del baño y el deambulaje en calzoncillos revisando los relojes de la casa, procurando dieran las horas al mismo tiempo. El eterno libro de Marquina, señalado en el poema «La lágrima», y que ni siquiera tuvo paciencia de leer entero. Al menos el amanecer mostraría esos pájaros nocturnos que se balanceaban sobre la cima de los pinos del parque, y el señor Sousa, en pijama, alegre como si hubiera recibido la más grata noticia, comenzaría a dar gritos a esas horas:

— ¡Angelino, los guairabos, Angelino, llegaron los guairabos!

El niño semidormido se acercaría a la ventana del dormitorio de su padre, para ver esos pajarracos sucios y sin gracia que se mecían arriba en los árboles.

Sucedió que el señor Sousa nunca tuvo nada que hacer. Desde que encontró a su padre muerto con la barba de jabón, heredó Villacler y tal fortuna que su única ocupación fue pasearse por todas partes con una maletita de cuero, dentro de la cual llevaba un tintero, pluma, papel secante y un talonario de cheques para inventar compras. La maletita siempre la perdía en casa de algún pariente, pero jamás en la de su querida.

Ahí en esa terraza se vio, y le fue difícil abandonar el lugar. Blanca Diana estaría con aquel muchacho con el que se había encaprichado, o sacando un fastidioso solitario. Él aborrecía las cartas y las butacas. No eran cosas esas de hombre. Prefería sus caballos de carrera, blanco y cereza en rueda, sus colores. Tenía una colección de camisetas para sus jinetes y una cantidad de caballos perdedores de fina sangre, que la única satisfacción que le daban era recibir el terrón de azúcar de sus manos. A él le gustaba pasearse sobre el césped con polainas y los anteojos de larga vista colgados del brazo.

Tal vez los dioses del infierno le pedirían cuentas. Este juicio se avecinaba en estas monumentales olas que se echaban sobre la terraza. Blanca se habría aburrido con algún mojjigato como ella, pensaba. La había hecho sufrir mucho, pero se entretuvo. ¿No estuvo él poseído de tanta vida? ¿Siempre aplicado en algo preciso? El parque, la pinacoteca, los queltehues, el perrito escocés, los caballos, la maletita de los cheques, los viajes y todos aquellos deberes inútiles que trajeron vendedores de cuadros, artistas, comerciantes en alfombras, pedantes, putas, maricones, políticos, sacerdotes, las ocupaciones todas al servicio de un ocioso elegante que los sirvió y juntó bajo un sólido techo.

---

El frío era intenso y la lamparita colgaba débil tras el vidrio de la cocina. El agua parecía no respetarlo y se paseaba con violencia bajo la mesa para estrellarse contra la cuneta. ¿Qué valor tenía «La lágrima» de Marquina al lado de este diluvio de verdad?

Como ambas casas quedaban a igual distancia, no pudo levantarse y resolver. El mozo después de mirar y despejar el vidrio de la cocina con el puño, advirtió su presencia y pidió un paraguas para socorrerlo. Era tarde. El señor Sousa había muerto cuando el sol dejó el balneario y la primera ola se levantó agresiva tras la barandilla de hierro. Si se incorporó fue muerto, y aun cuando aceptó lo cubrieran con el paraguas, lo hizo para evitar el escándalo y guardar las apariencias. Los muertos no deben seguir vivos ni dejarse cuidar así. Saldías le abrió la puerta y el automóvil se deslizó por aquella ciudad anegada por el temporal que anunciaba un invierno aún desconocido.

El señor Sousa al volver a Villacler imaginaba haber dejado atrás la ciudad en llamas del pecado que con su resplandor teñía el firmamento. Aquella comarca maldita era la casa de su amante. Ésta, en cuanto sentía partir el auto del señor Sousa, cambiaba de actitud e ideaba cómo y con quién compartir esa noche solitaria. Sabía Sousa que tanto su regreso como los traidores planes de ella, eran inevitables. Prefería ignorar lo que en esa casa sucedía durante su ausencia y ella a su vez trataba de no pensar en la regularidad y acogida que encontraría éste en Villacler.

Sin embargo, el señor Sousa era el único que transitaba y habitaba ambas casas. Era el único que en cada una de ellas no era el mismo. Lo que actuaba donde Blanca no era lo que hacía donde la dama, y cuando estaba en una, descansaba de lo que fingía en la otra. Al permanecer en la propia se horrorizaba de vivir en la ajena. Pero en las dos lo hacía bien. En la de Blanca como le enseñaron, y en la otra con una naturalidad sorprendente. En medio de la casa del vicio y del pecado no lo encontraba a éste por ninguna parte y sólo le atormentaba la hipocresía que mantenía en la suya. Y Sousa pensó que uno se acostumbra a faltarle al mundo.

De estos dos mundos salía y a estos dos mundos regresaba no sintiéndose completo ni siquiera durante el trayecto. Cuando estaba en una de ellas, era la otra el tema de conversación y su problema. Debía mantener alejada la casa del pecado para sentir que en algún

---

lugar estaba el paraíso. Su natural escepticismo lo hizo aclimatarse a aquellas diferencias y en medio del derrumbe se preguntaba: ¿qué se cae? Pero la verdadera y horrible realidad no la tuvo presente el señor Sousa. Al enfrentar dos mundos y servirlos se dividió y quedó apresado en medio. No era más que el indeciso que va de un extremo a otro no conservando nada y dejando doblemente esparcida su miseria. Con todo, esta dualidad suicida respondía a la moral del señor Sousa que consistía en dejarse malquerer en todas partes a costa de no abandonar nunca a nadie. Y los que lo conocieron, lo vieron muchas veces comportarse con frialdad junto a alguien que ya no le interesaba, pero acompañarlo en todas sus vicisitudes.

Cuando niño se arrodilló tiernamente junto a su padre muerto con la barba de jabón y como esos perros regalones, se negaba a abandonarlo. Su madre, la diminuta puritana, lo increpó duramente:

— ¡De pie! ¡No es el momento de llorar, sino de alegrarse!

Las aspas del molino de San Carlos a través del ventanuco del baño negaban esos principios de su madre y si le arrebataron aquel padre para siempre, eso no le impidió buscarlo en el mundo azul de lo permitido y en el rojo del fuego culpable.

Santiago, 1971-1973



**Adolfo Couve**

## Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

